

LIBRO CUARTO.

JUNTA DE MADRID.— COMISION QUE DA AL MARQUÉS DE LAZAN.— SU PROCLAMA DE 4 DE JUNIO.— SU CELO EN FAVOR DE LA DIPUTACION DE BAYONA.— VALDÉS.— MARQUÉS DE ASTORGA.— OBISPO DE ORENSE.— PROCLAMA DE BAYONA Á LOS ZARAGOZANOS.— COMISIONADOS ENVIADOS Á ZARAGOZA.— AVISOS ENVIADOS POR NAPOLEON Á AMÉRICA.— NAPOLEON RENUNCIA LA CORONA DE ESPAÑA EN JOSÉ.— LLEGADA DE JOSÉ Á BAYONA.— RECIBIMIENTO DE JOSÉ EN MARRAC.— DIPUTACIONES ESPAÑOLAS.— LA DE LOS GRANDES.— LA DEL CONSEJO DE CASTILLA.— LA DE LA INQUISICION.— LA DEL EJÉRCITO.— OTRA PROCLAMA DE LOS DE BAYONA.— PRÉVIAS DISPOSICIONES PARA ABRIR EL CONGRESO DE BAYONA.— ÁBRENSE SUS SESIONES.— SUS DISCUSIONES.— SI GOZÓ DE LIBERTAD.— JURAMENTO PRESTADO Á LA CONSTITUCION.— REFLEXIONES SOBRE LA CONSTITUCION.— VISITA DE LA JUNTA DE BAYONA Á NAPOLEON.— FELICITACIONES DE LA SERVIDUMBRE DE FERNANDO.— FELICITACION DE FERNANDO MISMO.— MINISTERIO NOMBRADO POR JOSÉ.— JOVELLANOS.— EMPLEOS DE PALACIO.— JOSÉ ENTRA EN ESPAÑA EL 9 DE JULIO.— PRIMERA EXPEDICION DE LOS FRANCESES CONTRA SANTANDER.— EXPEDICION CONTRA VALLADOLID.— QUEMA DE TORQUEMADA.— ENTRADA EN PALENCIA.— ACCION DE CABEZON.— ENTRAN LOS FRANCESES EN VALLADOLID.— SEGUNDA EXPEDICION CONTRA SANTANDER.— OBISPO DE SANTANDER.— NOBLE ACCION DE SU JUNTA.— EXPEDICION CONTRA ZARAGOZA.— ACCION DE MALLEN.— DE ALAGON.— CATALUÑA.— SOMATENES.— ACCION DEL BRUCH.— DEFENSA DE ESPARRAGUERA.— CHABRAN EN TARRAGONA.— REENCUENTRO DE ARBÓS.— SAQUEO DE VILLAFRANCA DE PANADÉS.— SEGUNDA ACCION DEL BRUCH.— EXPEDICION DE DUHESME CONTRA GERONA.— RESISTENCIA DE MONGAT.— SAQUEO DE MATARÓ.— ATAQUE DE LOS FRANCESES CONTRA GERONA.— VUELVE DUHESME Á BARCELONA.— REENCUENTRO DE GRANOLLERS.— SOMATENES DEL LLOBREGAT.— MURAT.— ENVÍA Á DUPONT Á ANDALUCÍA.— ACCION DE ALCOLEA.— SACO DE CÓRDOBA.— SITUACION ANGUSTIADA DE LOS FRANCESES.— EXCESOS DE LOS PAISANOS ESPAÑOLES.— RESISTENCIA DE VALDEPEÑAS.— RETÍRASE DUPONT Á ANDÚJAR.— SAQUEO DE JAEN.— EXPEDICION DE MONCEY CONTRA VALENCIA.— REENCUENTRO DEL PUENTE PAJAZO.— DE LAS CABRILLAS.— PREPARATIVOS DE DEFENSA EN VALENCIA.— REFRIEGA EN EL PUEBLO DE CUARTE.— DEFENSA DE VALENCIA.— PROPOSICION DE MONCEY PARA QUE CAPITULE LA CIUDAD.— HECHOS NOTABLES DE ALGUNOS ESPAÑOLES.— RETÍRASE MONCEY.— INACCION DE CERVELLON.— CON-

DUCTA LAUDABLE DE LLAMAS.— ENFERMEDAD DE MURAT.— ENFERMEDADES EN SU EJÉRCITO.— OPINION DE LARREY.— SAVARY SUCEDE Á MURAT.— SINGULAR COMISION DE SAVARY.— SU CONDUCTA.— ENVIA Á VEDEL PARA REFORZAR Á DUPONT.— PASO DE SIERRA MORENA.— REFUERZOS ENVIADOS Á MONCEY.— CAULINCOURT.— SAQUEA Á CUENCA.— FRERE.— SEGUNDO REFUERZO LLEVADO Á DUPONT POR EL GENERAL GOBERT.— DESATIÉNDESE Á BESSIÈRES.— CUESTA.— EJÉRCITO DE GALICIA DESPUES DE LA MUERTE DE FILANGIERI.— BATALLA DE RIOSECO, 14 DE JULIO.— AVANZA BESSIÈRES Á LEON: SU CORRESPONDENCIA CON BLAKE.— VIAJE DE JOSÉ Á MADRID.— RETRATO DE JOSÉ.— SU PROCLAMACION.— SU RECONOCIMIENTO.— CONSEJO DE CASTILLA.— ACONTECIMIENTOS QUE PRECEDIERON Á LA BATALLA DE BAILÉN.— DISTRIBUCION DEL EJÉRCITO ESPAÑOL DE ANDALUCÍA.— CONSEJO CELEBRADO PARA ATACAR Á LOS FRANCESES.— ACCION DE MENJÍBAR.— BATALLA DE BAILÉN, 19 DE JULIO.— CAPITULACION DEL EJÉRCITO FRANCES.— RINDEN LAS ARMAS LOS FRANCESES.— REFLEXIONES SOBRE LA BATALLA.— CAMINA EL EJÉRCITO RENDIDO Á LA COSTA.— DESÓRDEN EN LEBRIJA, CAUSADO POR LA PRESENCIA DE LOS PRISIONEROS.— EN EL PUERTO DE SANTA MARÍA.— CORRESPONDENCIA ENTRE DUPONT Y MORLA.— CONSTERNACION DEL GOBIERNO FRANCES EN MADRID.— RETÍRASE JOSÉ.— ESPAÑOLES QUE LE SIGUEN.— DESTROZOS CAUSADOS EN LA RETIRADA.

Ántes de haber tomado la insurreccion de España el alto vuelo que le dieron en los últimos dias de Mayo las renunciias de Bayona, recordará el lector cómo se habian derramado por las provincias emisarios franceses y españoles que con seductoros ofertas trataron de alucinar á los jefes que las gobernaban. La Junta suprema de Madrid, principal instigadora de semejantes misiones y providencias, viéndose así comprometida, siguió con esmerada porfía en su propósito, y al crujido de la insurrección general, reiterando avisos, instrucciones y cartas confidenciales, avivó su desacordado celo en favor de la usurpacion extraña, conservando la ciega y vana esperanza de sosegar por medios tan frágiles el asombroso sacudimiento de una grande y pundonorosa nacion.

Sobresaltada en extremo con la conmocion de Zaragoza, acudió con presteza á su remedio. Punzábala este suceso, no tanto por su importancia, cuanto por el temor, sin duda, de que con él se trasluciesen las órdenes que para resistir á los franceses le habian sido comunicadas desde Bayona, y á cuyo cumplimiento habia faltado. Presumia que Palafox, sabedor de ellas, y encargado de otras iguales ó parecidas, les daria entera publicidad, poniendo así de manifiesto la reprehensible omision de la Junta, á la que, por tanto, era urgente aplacar aquel levantamiento. Como el

caso requería pulso, se escogió al efecto al Marqués de Lazan, hermano mayor del nuevo capitán general de Aragón, en cuya persona concurrían las convenientes calidades para no excitar con su nombre recelos en el asustadizo pueblo, y poder influir con éxito y desembarazadamente en el ánimo de aquel caudillo. Pero el de Lazan, al llegar á Zaragoza, en vez de favorecer los intentos de los que le enviaban, y persuadido también de cuán imposible era resistir al entusiasmo de aquellos moradores, se unió á su hermano, y en adelante partió con él los trabajos y penalidades de la guerra.

Arrugándose más y más el semblante del reino, y tocando á punto de venir á las manos, en 4 de Junio circuló la Junta, de acuerdo con Murat, una proclama (1) en la que se ostentaban las ventajas de que todos se mantuviesen sosegados, y aguardasen á que *el héroe que admiraba al mundo concluyera la grande obra, en que estaba trabajando, de la regeneracion política*. Tales expresiones alborotaban los ánimos, léjos de apaciguarlos, y por cierto rayaba en avilantez el que una autoridad española osase ensalzar de aquel modo al causador de las recientes escenas de Bayona, y ademas era, por decirlo así, un desenfreno del amor propio imaginarse que con semejante lenguaje se pondría pronto término á la insurreccion.

Viendo cuán inútiles eran sus esfuerzos, y ansiosa de encontrar por todas partes apoyo y disculpa á sus compromisos, trabajó con ahinco la Junta para que acudiesen á Bayona los individuos de la diputacion convocada á aquella ciudad. Crecian los obstáculos para la reunion con los bullicios de las provincias, y con la repulsa que dieron algunos de los nombrados. Indicamos ya cómo el bailío D. Antonio Valdés habia rehusado ir, prefiriendo, con gran peligro de su persona, fugarse de Búrgos, donde residía, á la mengua de autorizar con su presencia los escándalos de Bayona. Excusóse también el Marqués de Astorga, sin reparar en que, siendo uno de los primeros próceres del reino, la mano enemiga le perseguiría y le privaría de sus vastos estados y riquezas. Pero quien aventajó á todos en la resistencia fué el reverendo obispo de Orense, D. Pedro de Quevedo y Quintano. La contestacion de este prelado al llamamiento de Bayona, obra señalada de patriotismo, unió á la solidez de las razones un atrevimiento hasta entónces desconocido á Napoleon y sus secuaces. Al modo de los oradores más egregios de la antigüedad, usó con arte de la poderosa arma de la ironía, sin deslucirla con bajas é im-

(1) Esta proclama está inserta en la *Gaceta de Madrid* del 7 de julio de 1808.

propias expresiones. Desde Orense, y en 29 de Mayo, no levantada todavía Galicia, y sin noticia de la declaracion de otras provincias, dirigió su contestacion al Ministro de Gracia y Justicia. Como en su contenido se sentaron las doctrinas más sanas y los argumentos más convincentes en favor de los derechos de la nacion y de la dinastía reinante, recomendamos muy particularmente la lectura de tan importante documento, que á la letra insertamos en nota aparte (2). Difícilmente pudieran trazarse

(2) *Respuesta dada por el Illmo. Sr. Obispo de Orense á la Junta de Gobierno, con motivo de haber sido nombrado diputado para la Junta de Bayona.*

Excmo. Sr.— Muy señor mio: Un correo de la Coruña me ha entregado en la tarde del miércoles, 25 de éste, la de V. E. con fecha del 19, por la que, entre lo demas que contiene, me he visto nombrado para asistir á la asamblea que debe tenerse en Bayona de Francia, á fin de ocurrir en cuanto pudiese á la felicidad de la monarquía, conforme á los deseos del grande Emperador de los franceses, celoso de elevarla al más alto grado de prosperidad y de gloria.

Aunque mis luces son escasas, en el deseo de la verdadera felicidad y gloria de la nacion no debo ceder á nadie, y nada omitiria que me fuese practicable y creyese conducente á ello. Pero mi edad de setenta y tres años, una indisposicion actual, y otras notorias y habituales me impiden un viaje tan largo y con un término tan corto que apenas basta para él, y ménos para poder anticipar los oficios y para adquirir las noticias é instrucciones que debian preceder. Por lo mismo me considero precisado á exonerarme de este encargo, como lo hago por ésta, no dudando que el Sermo. Sr. Duque de Berg y la suprema Junta de Gobierno estimarán justa y necesaria mi súplica de que admitan una excusa y exoneracion tan legitima.

Al mismo tiempo, por lo que interesa al bien de la nacion y á los designios mismos del Emperador y Rey, que quiere ser como el ángel de paz y el protector tutelar de ella, y no olvida lo que tantas veces ha manifestado, el grande interes que toma en que los pueblos y soberanos sus aliados aumenten su poder, sus riquezas y dicha en todo género, me tomo la libertad de hacer presente á la Junta suprema de Gobierno, y por ella al mismo Emperador, Rey de Italia, lo que ántes de tratar de los asuntos á que parece convocada, diría y protestaría en la asamblea de Bayona, si pudiese concurrir á ella.

Se trata de curar males, de reparar perjuicios, de mejorar la suerte de la nacion y de la monarquía; pero ¿sobre qué bases y fundamentos? ¿Hay medio aprobado y autorizado, firme y reconocido por la nacion para esto? ¿Quiere ella sujetarse y espera su salud por esta vía? Y ¿no hay enfermedades tambien que se agravan y exasperan con las medicinas; de que se ha dicho: *Tangant vulnera sacra nullæ manus?* Y ¿no parece haber sido de esta clase la que ha empleado con su aliado y familia real de España el poderoso protector, el emperador Napoleon? Sus males se han agravado tanto, que está como desesperada su salud. Se ve internada en el imperio frances, y en una tierra que la habia desterrado para siempre; y vuelto á su cuna primitiva, halla el túmulo por una muerte civil, en donde la primera rama fué cruelmente cortada por el furor y la violencia de una revolucion inmensata y sanguinaria. Y en estos términos, ¿qué podrá esperar España? Su curacion, ¿le será más favorable? Los medios y medicinas no lo anuncian. Las renunciaciones de sus reyes en Bayona é infantes en Burdeos, en donde, se cree que no podian ser libres, en donde

con mayor vigor y maestría las verdades que en él se reproducen. Así fué que aquella contestacion penetró muy allá en todos los corazones, cau-

se han contemplado rodeados de la fuerza y del artificio, y desnudos de las luces y asistencia de sus fieles vasallos; estas renunciaciones, que no pueden concebirse ni parecen posibles, atendiendo á las impresiones naturales del amor paternal y filial, y al honor y lustre de toda la familia, que tanto interesa á todos los hombres honrados; estas renunciaciones, que se han hecho sospechosas á toda la nacion, y de las que pende toda la autoridad de que justamente puede hacer uso el Emperador y Rey, exigen para su validacion y firmeza, y á lo ménos para la satisfaccion de toda la monarquía española, que se ratifiquen estando los reyes é infantes que las han hecho libres de toda coaccion y temor. Y nada sería tan glorioso para el grande emperador Napoleon, que tanto se ha interesado en ellas, como en devolver á la España sus augustos monarcas y familia, disponer que dentro de su seno, y en unas Córtes generales del reino, hiciesen lo que libremente quisiesen, y la nacion misma, con la independencia y soberanía que la compete, procediese, en consecuencia, á reconocer por su legitimo rey al que la naturaleza, el derecho y las circunstancias llamasen al trono español.

Este magnánimo y generoso proceder sería el mayor elogio del mismo Emperador, y sería más grande y admirable por él que por todas las victorias y laureles que le coronan y distinguen entre todos los monarcas de la tierra, y áun saldría la España de una suerte funestísima que la amenaza, y podría, finalmente, sanar de sus males y gozar de una perfecta salud, y dar, despues de Dios, las gracias y tributar el más sincero reconocimiento á su salvador y verdadero protector, entónces el mayor de los emperadores de Europa, el moderado, el justo, el magnánimo, el benéfico Napoleon el Grande.

Por ahora la España no puede dejar de mirarlo bajo otro aspecto muy diferente: se entreve, si no se descubre, un opresor de sus príncipes y de ella; se mira como encadenada y esclava cuando se la ofrecen felicidades: obra, áun más que del artificio, de la violencia y de un ejército numeroso, que ha sido admitido como amigo ó por la indiscrecion y timidez, ó acaso por una vil traicion, que sirve á dar una autoridad que no es fácil estimar legítima.

¿Quién ha hecho teniente-gobernador del reino al Sermo. Sr. Duque de Berg? ¿No es un nombramiento hecho en Bayona de Francia por un rey piadoso, digno de todo respeto y amor de sus vasallos, pero en manos de lados imperiosos por el ascendiente sobre su corazon y por la fuerza y el poder á que le sometió? Y ¿no es una artificiosa quimera nombrar teniente de su reino á un general que manda un ejército que le amenaza, y renunciar inmediatamente su corona? ¿Sólo ha querido volver al trono Cárlos IV para quitarlo á sus hijos? Y ¿era forzozo nombrar un teniente que impidiese á la España por esta autorizacion y por el poder militar cuantos recursos podia tener para evitar la consumacion de un proyecto de esta naturaleza? No sólo en España, en toda la Europa, dudo se halle persona que no reclame en su corazon contra estos actos extraordinarios y sospechosos, por no decir más.

En conclusion, la nacion se ve como sin rey, y no sabe á qué atenerse. Las renunciaciones de sus reyes y el nombramiento de teniente gobernador del reino son actos hechos en Francia y á la vista de un emperador que se ha persuadido hacer feliz á España con darle una nueva dinastía, que tenga su origen en esta familia tan dichosa, que se cree incapaz de producir príncipes que no tengan ó los mismos ó mayores talentos para el gobierno de

sando impresion profundísima y duradera. Pero Murat y la Junta de Madrid no por eso cesaron en sus tentativas, y con fatal empeño aceleraron la partida de las personas que de monton se nombraban para llenar el hueco de las que esquivaban el ominoso viaje.

El 15 de Junio debían abrirse las sesiones de aquella famosa reunión, y todavía en los primeros días del propio mes no alcanzaban á 30 los que allí asistían. Miéntas que los demas llegaban, y para no darles huelga, obligó Napoleon á los presentes á convidar á los zaragozanos, por medio de una proclama (3), á la paz y al sosiego. Queriendo agregar al escrito la persuasión verbal, fueron comisionados para llevarlo el Príncipe de Castel-Franco, D. Ignacio Martinez de Villela, consejero de Castilla, y el alcalde de córte D. Luis Marcelino Pereira. No les fué dable penetrar en Zaragoza, y ménos el que se atendiera á sus in-

los pueblos que el invencible, el victorioso, el legislador, el filósofo, el grande emperador Napoleon. La suprema Junta de Gobierno, á más de tener contra sí cuanto va insinuado, su presidente aunado y un ejército que la cerca obligan á que se la considere sin libertad, y lo mismo sucede á los Consejos y tribunales de la córte. ¡Qué confusión, qué caos y qué manantial de desdichas para España! No puede evitarla una asamblea convocada fuera del reino, y sujetos que, componiéndola, ni pueden tener libertad, ni áun teniéndola creerse que la tuvieran. Y si se juntasen á los movimientos tumultuosos que pueden temerse dentro del reino, pretensiones de príncipes y potencias extrañas, socorros ofrecidos ó solicitados, y tropas que vengan á combatir dentro de su seno contra los franceses y el partido que les siga, ¿qué desolacion y qué escena podrá concebirse más lamentable? La compasion, el amor y la solicitud en su favor del Emperador podia, ántes que curarla, causarla los mayores desastres.

Ruego, pues, con todo el respeto que debo, se hagan presentes á la suprema Junta de Gobierno los que considero justos temores y dignos de su reflexion, y áun de ser expuestos al grande Napoleon. Hasta ahora he podido contar con la rectitud de su corazon, libre de la ambicion, distante del dolo y de una política artificiosa, y espero, aunque reconociendo no puede estar la salud de España en esclavizarla, no se empeñe en curarla encadenada, porque no está loca ni furiosa. Establézcase primero una autoridad legítima, y trátase despues de curarla.

Estos son mis votos, que no he temido manifestará la Junta y al Emperador mismo, porque he contado con que, si no fuesen oídos, serán á lo ménos mirados, como en realidad lo son, como efecto de mi amor á la patria, á la augusta familia de sus reyes y de las obligaciones de Consejo, cuyo título temporal sigue al obispado en España. Y sobre todo, los contemplo, no sólo útiles, sino necesarios á la verdadera gloria y felicidad del ilustre héroe que admira la Europa, que todos veneran, y á quien tengo la felicidad de tributar con esta ocasion mis humildes y obsequiosos respetos. Dios guarde á V. E. muchos años. Orense, 29 de Mayo de 1808.— Excmo. Sr. B. L. M. de V. E. su afecto capellan.— PEDRO, obispo de Orense. Excmo. Sr. D. Sebastian Piñuela.

(3) Esta proclama está inserta en la *Gaceta de Madrid* del 14 de Junio de 1808.

tempestivas amonestaciones. Tuviéronse por dichosos de regresar á Bayona; merced á los franceses que los custodiaban, bajo cuyo amparo pudieron volver atras sin notable azar, aunque no sin mengua y sobresalto.

Napoleon, que miraba ya como suya la tierra peninsular, trató tambien por entónces de alargar más allá de los mares su poderoso influjo, expidiendo á América buques con cuyo arribo se previniesen los intentos de los ingleses, y se preparasen los habitadores de aquellas vastas y remotas regiones españolas á admitir sin desvío la dominacion del nuevo soberano, procedente de su estirpe. Hizo que á su bordo partiesen proclamas y circulares autorizadas por D. Miguel Azanza, quien, ya firmemente adicto á la parcialidad de Napoleon, se figuraba que el Emperador de los franceses habia de respetar la union íntegra de aquellos países con España, y no seguir el impulso y las variaciones de su interes ó su capricho.

Luégo que Fernando VII y su padre hubieron renunciado la corona, se presumió que Napoleon cederia sus pretendidos derechos en alguna persona de su familia. Fundábase sobre todo la conjetura en la indicacion que hizo Murat á la Junta de Madrid y Consejo Real de que pidiesen por rey á José. Ignorábase, no obstante, de oficio si tal era su pensamiento, cuando en 25 de Mayo dirigió Napoleon una proclama (4) á los españoles, en la que aseguraba que «no queria reinar sobre sus provincias, pero sí adquirir derechos eternos al amor y al reconocimiento de su posteridad.» Apareció, pues, por este documento de una manera auténtica que trataba de desprenderse del cetro español, mas todavía guardó silencio acerca de la persona destinada á empuñarlo. Por fin el 6 de Junio se pronunció claramente, dando en Bayona mismo un decreto del tenor siguiente (5): «Napoleon, por la gracia de Dios, etc. A todos los que verán las presentes, salud. La Junta de Estado, el Consejo de Castilla, la villa de Madrid, etc., etc., habiéndonos por sus exposiciones hecho entender que el bien de España exigia que se pusiese prontamente un término al interregno, hemos resuelto proclamar, como Nos proclamamos por las presentes, rey de España y de las Indias á nuestro muy amado hermano José Napoleon, actualmente rey de Nápoles y de Sicilia.

» Garantimos al Rey de las Españas la independenciam é integridad de sus estados, así los de Europa como los de África, Asia y América. Y encargamos», etc. (Sigue la fórmula de estilo.)

(4) V. esta proclama en el *Diario de Madrid* de 1.º de Junio de 1808.

(5) *Gaceta de Madrid* de 14 de Junio de 1808.

Era este decreto el precursor anuncio de la llegada de José, quien el 7 entró en Pau, á las ocho de la mañana, y puesto en camino poco despues, se encontró con Napoleon á seis leguas de Bayona, hasta donde habia salido á esperarle. Mostraba éste tanta diligencia porque, no habiendo de antemano (6) consultado con su hermano la mudanza resuelta, temió que no aceptase el nuevo sólio, y quiso remover prontamente cualquiera obstáculo que se le opusiese. En efecto, José, contento con su delicioso reino de Nápoles, no venía decidido á admitir el cambio, que para otros hubiera sido tan lisonjero. Y aquí tenemos una corona arrancada por la violencia á Fernando VII, adquirida tambien mal de su grado por el señalado para sucederle.

Napoleon, atento á evitar la negativa de su hermano, le hizo subir en su coche, y exponiéndole sus miras políticas en trasladarle al trono español, trató con particularidad de inculcarle los intereses de familia, y la conveniencia de que se conservase en ella la corona de Francia, para cuyo propósito y el de prevenir la ambicion de Murat y de otros extraños, nada era más acertado, añadía, que el poner como de atalaya á José en España, desde donde con mayor facilidad y superiores medios se posesionaria del trono de Francia, en caso de que vacase inesperadamente. Además le manifestó haber ya dispuesto del reino de Nápoles para colocar en él á Luciano. Asegúrase que la última indicacion movió á José más que otra razon alguna, por el tierno amor que profesaba á aquel su hermano. Sea, pues, de esto lo que fuere, lo cierto es que Napoleon habia de tal modo preparado las cosas, que sin dar tiempo ni vagar, fué José reconocido y acatado como rey de España.

(6) Mr. Bignon, citado más arriba, aunque elogia nuestra imparcialidad, desmiente este hecho, desfigurando el modo como lo contamos. Apóyase principalmente en lo que acerca del caso refiere en sus *Memorias* Mr. Estanislao Girardin, si bien no le sigue á la letra, ó por negligencia ó por dar mayor fuerza á su relacion. Nosotros hemos seguido en la nuestra, despues de acudir á buenas fuentes, al general Foy, como quien concuerda mejor con ellas; pero no bastándonos ni áun esto, en vista de lo que asegura en contrario Mr. Bignon, hemos recurrido por medio de personas autorizadas y fidedignas á José Bonaparte mismo y los que le rodean y han merecido siempre su confianza. Todos ellos ahora (en 1842) viven en Florencia; y satisfaciendo nuestros deseos, han respondido *que de cuanto habian visto estampado, incluidas las Memorias de Mr. Estanislao Girardin, acerca de lo acaecido en 1808 entre el rey José y su hermano el emperador Napoleon, ya en Bayona, ya ántes, ninguna relacion era tan puntual y exacta como la del Conde de Toreno* en su historia; habiendo añadido José de por sí *que se admiraba de que dicho Toreno hubiese tenido conocimiento tan verdadero y circunstanciado de aquellos sucesos*. De aquí inferirá el lector lo mucho que nos hemos afanado por apurar la verdad, áun en los hechos que no pedian tanta y tan esmerada averiguacion.

Así sucedió que al llegar entre dos luces á Marrac recibió los obsequios de tal de boca de la Emperatriz, que con sus damas habia salido á recibirle al pié de la escalera. Ya le aguardaban dentro del palacio los españoles congregados en Bayona, á quienes se les habia citado de antemano, teniendo Napoleon tanta priesa en el reconocimiento del nuevo rey, que no permitió cubrir las mesas ni descanso alguno á su hermano ántes de desempeñar aquel cuidado, cuyo ceremonial se prolongó hasta las diez de la noche.

Naturalmente debió durar más de lo necesario, habiendo ignorado los españoles el motivo á que eran llamados. Advertidos despues, tuvieron que concertarse apresuradamente allí mismo, en uno de los salones, y arreglar el modo de felicitar al soberano recién llegado. Para ello se dividieron en cuatro diputaciones, á saber: la de los grandes, la del Consejo de Castilla, la de los de la Inquisicion, Indias y Hacienda, reunidos los tres en una, y la del ejército. Pusieron todas separadamente y por escrito una exposicion gratulatoria, y ántes de que se leyesen á José con toda solemnidad, se presentaba cada una á Napoleon para su aprobacion previa: menguada censura, indigna de su alta jerarquía.

Era la diputacion de los grandes la primera en órden, é iba á su cabeza el Duque del Infantado, quien habia tenido el encargo de extender la felicitacion. Principiando por un cumplido vago, concluía ésta con decir: «Las leyes de España no nos permiten ofrecer otra cosa á V. M. Esperamos que la nacion se explique y nos autorice á dar mayor ensanche á nuestros sentimientos.» Difícil sería expresar la irritacion que provocó en el altivo ánimo de Napoleon tan inesperada cortapisa. Fuera de sí y abalanzándose al Duque, díjole que «siendo caballero, se portase como tal, y que en vez de altercar acerca de los términos de un juramento, el cual, así que pudiera, intentaba quebrantar, se pusiese al frente de su partido en España, y lidiase franca y lealmente..... Pero le advertia que si faltaba al juramento que iba á prestar, quizá estaria en el caso ántes de ocho dias de ser arcabuceado.» Tardífos eran á la verdad los escrúpulos del Duque, y, ó debía haberlos sepultado en lo más íntimo del pecho, ó sostenerlos con el brío digno de su cuna, si arrastrado por el clamor de la conciencia, queria acallarla, dándoles libre salida. Mas el del Infantado arredróse, y cedió á la ira de Napoleon. Por eso hubo quien achacára á otro haberle apuntado la cláusula, dejándole sólo al Duque la gloria de haberla escrito, sin pensar en el aprieto en que iba á encontrarse. Corrigieron entónces los grandes su primera exposicion, reconocieron por rey á José, é hizo la lectura de ella, aunque no pertenecia á la clase, D. Miguel José de Azanza.

Los magistrados que llevaban la voz á nombre del Consejo de Castilla, si bien incensaron al nuevo rey diciéndole (7): «V. M. es rama principal de una familia destinada por el cielo para reinar», esquivaron tambien, pero de un modo más encapotado que los grandes, el reconocimiento claro y sencillo, limitándose, por falta de autoridad, segun expresaban, á manifestar cuáles eran sus deseos: tan cuidadosos andaban siempre el Consejo y sus individuos de no comprometerse abiertamente en ningun sentido.

A todos los parabienes respondió José con afable cortesanía, mereciendo particular mencion el modo con que habló al inquisidor D. Raimundo Ethenard y Salinas, á quien dijo «que la religion era la base de la moral y de la prosperidad pública, y que aunque habia países en que se admitian muchos cultos, sin embargo debia considerarse á la España como feliz porque no se honraba en ella sino el verdadero.» Con un tan claro elogio de las ventajas de una religion exclusiva, los inquisidores, que fundadamente consideraban su tribunal como el principal baluarte de la intolerancia, creyéronse asegurados. Ya ántes alimentaban la esperanza de mantenerse, desde que Murat mismo habia correspondido á sus congratulaciones con halagüeñas y favorables palabras. El no haberse abolido aquel terrible tribunal en la Constitucion de Bayona, y el que uno de sus ministros, en representacion suya, la autorizase con su firma, acrecentó la confianza de los interesados en conservarle, y puso espanto á los que á su nombre se estremecian. Ahora, que han transcurrido años, y que otros excesos han casi borrado los de Napoleon, atribuiráse á sueño de los partidarios del Santo Oficio el haberse imaginado que aquél hubiera sostenido tan odiosa institucion. Mas si recordamos que en los primeros tiempos de la irrupcion francesa muchos emisarios de su gobierno encarecerian la utilidad de la Inquisicion como instrumento político, y si tambien atendemos al modo arbitrario y escudriñador con que en la ilustrada Francia se disminuia y cercenaba la libertad de escribir y pensar, no nos parecerá que fuesen tan desvariadas y fútiles las esperanzas de los inquisidores. Quizá José y algunos españoles de su bando hubieran querido la abolicion inmediata; pero ¿qué podia él ni qué valian ellos contra la imperiosa voluntad de Napoleon? Que éste acabase despues en Diciembre de 1808 con la Inquisicion, en nada destruye nuestros recelos. Entónces restablecida, como á su tiempo verémos, por

(7) Todas estas gratulatorias pueden leerse en el *Diario de Madrid* del 12 de Junio de 1808 y en las *Gacetas* de aquel tiempo.

la Junta Central, con gran descrédito suyo, entendió el soberano frances ser oportuno descuajar tan mala planta, procurando granjearse por aquel medio, y en contraposicion de la autoridad nacional, el aprecio de muchos hombres de saber, atemorizados y desabridos con el renacimiento de tan odioso tribunal.

En la contestacion que dió José al Duque del Parque, representante del ejército, tambien notamos ciertas expresiones bastantemente singulares:

«Yo me honro, dijo, con el título de su primer soldado, y ora fuese necesario, como en tiempos antiguos combatir á los moros, ora sea menester rechazar las injustas agresiones de los eternos enemigos del continente, yo participaré de todos vuestros peligros.» Extraña mezcla poner al par de los ingleses á los moros y sus guerras. Probablemente fué adorno oratorio mal escogido, dado que no siendo creible que por aquellas palabras hubiera querido anunciar en nuestros dias temores de una irrupcion agarena, era forzoso imaginarse que se encubria en su sentido el ulterior proyecto de invadir la costa africana, y cierto que si el primer pensamiento hubiera pasado de desvarío, hubiérase el segundo reprimido de sobradamente anticipado, cuando la nueva corona apenas habia tocado su cabeza.

Todavía era muy corto el número de diputados que concurrían en Bayona, á la sazón que en 8 de Junio dieron los presentes otra proclama (8) á todos los españoles, con objeto de recomendar á su afecto la nueva dinastía y de reprimir la insurreccion. José por su parte aceptó, en decreto del 10 (9), la cesion de la corona de España que en su persona habia hecho su hermano, confirmando á Murat en la lugartenencia del reino, cuyo puesto habia ejercido sucesivamente á nombre de Cárlos IV y de Napoleon. Acompañaba á este decreto otro (10) en que mostraba cuáles

(8) Esta proclama está inserta en el *Diario de Madrid* del 15 de Junio de 1808.

(9) Habiendo aceptado la cesion de la corona de España, que mi muy caro y muy amado hermano, el Emperador de los franceses, etc., hizo á favor de mi persona, segun el aviso que se comunicó al Consejo con fecha de 4 del corriente, he venido en nombrar por mi lugarteniente general á S. A. I. y R. el gran Duque de Berg, segun se lo participo con esta fecha, encargándole que haga expedir todos los decretos que convengan, á fin de que los tribunales y los empleados de todas clases continúen en el ejercicio de sus funciones respectivas, por exigirlo así el bien general del reino, que es y será siempre el objeto de mis desvelos. Tendrálo entendido el Consejo para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca.— YÓ EL REY.— En Bayona, á 10 de Junio de 1808.— Al Decano del Consejo.

(10) El agosto Emperador de los franceses, nuestro muy caro y muy amado herma-

eran sus intenciones, y en el que ya llamaba suyos á los pueblos de España. Estos documentos corrian con dificultad en las provincias; pero si alguno de ellos se introducía, soplabá el fuego en vez de apagarle.

Acercábase el día de abrirse el Congreso de Bayona, y á duras penas crecía el número de individuos que debían componerle. Por fin fueron llegando algunos de los que forzosamente obligaban á salir de Madrid, ó de los que cogían en los pueblos ocupados por las tropas francesas. Pocos fueron los que de grado acudieron al llamamiento, y mal podía ser de otra manera viendo los convocados que la insurrección prendía por todas partes, y el gran compromiso á que se exponían. Antes de dar principio á las sesiones, Napoleon entregó á D. Miguel José de Azanza un proyecto de Constitución. Extrema curiosidad se despertó con deseo de averiguar quién fuese el autor. Ni entónces ni ahora ha sido doble el descubrirle, bien que se advierta que una mano española debió en gran parte coadyuvar al desempeño de aquel trabajo. Nosotros no aventurarémos conjeturas más ó ménos fundadas. Pero sí se nos ha aseverado de un modo indudable por persona bien enterada, que dicha Constitución, ó sus bases más esenciales, fueron entregadas al Emperador francés en Berlin despues de la batalla de Jena. Debíó, pues, salir de pluma que vislumbrase ya cuál suerte aguardaba á España con la incierta política del Príncipe de la Paz y la desmesurada ambición del gabinete de Francia. Napoleon escogió á D. Miguel de Azanza, como en otro libro indicamos, para presidir el Congreso, y se nombraron por secretarios á D. Mariano

no, nos ha cedido todos los derechos que había adquirido á la corona de las Españas por los tratados ajustados en los días 5 y 10 de Mayo próximo pasado. La Providencia, abriéndonos una carrera tan vasta, sin duda que ha penetrado nuestras intenciones; la misma nos dará fuerzas para hacer la felicidad del pueblo generoso que ha confiado á nuestro cuidado. Sólo ella puede leer en nuestra alma, y no serémos felices hasta el día en que, correspondiendo á tantas esperanzas, podamos darnos á Nos mismo el testimonio de haber llenado el glorioso cargo que se nos ha impuesto. La conservación de la santa religión de nuestros mayores en el estado próspero en que la encontramos, la integridad y la independencia de la monarquía serán nuestros primeros deberes. Tenemos derecho para contar con la asistencia del clero, de la nobleza y del Pueblo, á fin de hacer revivir aquel tiempo en que el mundo entero estaba lleno de la gloria del nombre español; y sobre todo deseamos establecer el sosiego y fijar la felicidad en el seno de cada familia por medio de una buena organización social. Hacer el bien público con el menor perjuicio posible de los intereses particulares será el espíritu de nuestra conducta; y por lo que á Nos toca como nuestros pueblos sean dichosos, en su felicidad cifrarémos toda nuestra gloria. A este precio ningún sacrificio nos será costoso. Para el bien de la España, y no para el nuestro, nos proponemos reinar. El Consejo lo tendrá entendido y lo comunicará á nuestros pueblos.— YO EL REY.— En Bayona, á 10 de Junio de 1808.— Al Decano del Consejo.

Luis de Urquijo, del Consejo de Estado, y á D. Antonio Ranz Romaniños, del de Hacienda. Encargó tambien que se eligiesen dos comisiones, á cuyo prévio exámen se confiase el preparar los asuntos para los debates, y proponer las modificaciones que pareciere oportuno adoptar en la nueva Constitucion.

Concluidas que fueron estas disposiciones preliminares, abrió sus sesiones la Junta de Bayona el 15 de Junio, dia de antemano señalado. Pronunció D. Miguel de Azanza, en calidad de presidente, el discurso de apertura. En él decia (11): «Gracias y honor inmortal á este hombre extraordinario (Napoleon), que nos vuelve una patria que habiamos perdido..... Ha querido despues que en el lugar de su residencia, y á su misma vista, se reunan los diputados de las principales ciudades y otras personas autorizadas de nuestro país, para discurrir en comun sobre los medios de reparar los males que hemos sufrido, y sancionar la Constitucion que nuestro mismo regenerador se ha tomado la pena de disponer, para que sea la inalterable norma de nuestro gobierno. De este modo podrán ser útiles nuestros trabajos, y cumplirse los altos designios del héroe que nos ha convocado.....» Pesa que un hombre cuyo concepto de probidad se habia hasta entónces mantenido sin tacha, se abatiese á pronunciar expresiones adulatorias, poco dignas de la boca de un ministro puro y honrado. Porque, en efecto, ¿dónde estaban los diputados de las principales ciudades? Y si la patria estaba perdida, ¿no habia tambien *el hombre extraordinario* contribuido en gran manera á hundirla en el abismo? ¿En dónde y cómo nos la habia vuelto? Sin la constancia española, sin la pertinaz guerra de seis años, hubiera sido tratada con el vilipendio que otros estados, y partida despues ó desmembrada al antojo del extranjero. Suerte que hubiera merecido si en silencio hubiese dejado que tan indignamente se la humillase y oprimiese. Pudiera Azanza haber cumplido con el encargo de presidente, sin aparecer oficioso ni lisonjero.

Redujéronse á doce las sesiones de Bayona. En la misma del 15 se procedió á la verificacion de poderes, y se leyó el decreto de Napoleon por el que cedia la corona de España á su hermano José; habiéndose acordado en la del 17 pasar á cumplimentar al nuevo monarca. En nada fueron notables los discursos que al caso se pronunciaron, sino en haberse especificado en el contexto del de la Junta «que habian hecho y que harian (sus individuos) cuanto estuviese de su parte para atraer á la

(11) Este discurso está inserto en el suplemento á la *Gaceta de Madrid* del 21 de Junio de 1808.

tranquilidad y al órden las provincias que estaban agitadas.» Por el mismo tenor y segun costumbre fué la contestacion de José, no echando en olvido la repetida cantinela de que los ingleses eran los que fomentaban la inquietud de los pueblos.

Presentóse el día 20 el proyecto de Constitucion, y ordenó la Junta su impresion, habiéndose oido en los siguientes varios discursos acerca de sus artículos. Se ventilaron tambien otros puntos, y en la citada sesion del 20 se propuso, para halagar al pueblo, la supresion de los 4 maravedises en cuartillo de vino, y la de $3 \frac{1}{3}$ por 100 de los frutos que no diezaban; cuyo acuerdo quedó en el inmediato dia aprobado por José. En la del 22 D. Ignacio de Tejada, designado por Murat para representar el nuevo reino de Granada, sostuvo en un vehemente discurso lo conveniente que sería afianzar la union con la metrópoli de las provincias americanas. Cuatro religiosos que tenian voz, como diputados de los regulares, pidieron en otra sesion que no se suprimiesen del todo los conventos, y que sólo se minorase el número. ¡Ojalá se hubieran mostrado siempre tan sumisos y conformes! Se atrevió á proponer la abolicion del Santo Oficio D. Pablo Arribas, sosteniéndole D. José Gomez Hermosilla; pero el inquisidor Ethenard, levantándose muy alborotado, se opuso, é intentó probar lo útil del establecimiento, considerado por el lado político. Apoyáronle con fuerza los consejeros de Castilla, siendo natural se estrechasen para defensa mutua dos cuerpos que, en sus respectivas jurisdicciones, tanto daño habian acarreado á España. El Duque del Infantado queria que no se rebajase á ménos de 80.000 ducados el máximo de los mayorazgos; desechóse la propuesta, no habiendo tampoco las dos anteriores tenido resulta. Fué notable y digna de loa la que promovió D. Ignacio Martinez de Villela, si no con mejor éxito, de que se comprendiese en la ley fundamental un artículo para que ninguno pudiese ser incomodado por sus opiniones políticas y religiosas. Admiraria que aquel mismo magistrado años adelante se convirtiese en duro y constante perseguidor, si, por desgracia, no ofreciese la flaqueza humana, la rencorosa envidia ó la desapoderada ambicion repetidos ejemplos de tan lamentables mudanzas. Por tal término anduvieron las discusiones, hasta que el 30 se concluyeron y cerraron las de la Constitucion; en cuyo dia se le añadió un último artículo, declarando que despues del año 20 se presentarian de órden del Rey las mejoras y modificaciones que la experiencia hubiese enseñado ser necesarias y convenientes.

En vista de la adicion de este artículo y de las cortas discusiones que hubo, han pretendido algunos, y de aquellos que han tratado de defen-

derse, que la Junta habia gozado de libertad. Concediendo que esto fuese cierto, levantaríase contra los miembros un grave cargo por no haber sostenido mejor los derechos de la nacion, ya que hubiesen creído inútil recordar los de Fernando y su familia. Pareceria, pues, imposible, á no leerlo en sus obras, que hombres graves hayan querido persuadir al público que allí se procedió sin embarazo, discutiéndose las materias con toda franqueza y al sabor y segun el dictámen de los vocales. No hay duda que sobre puntos accesorios fué lícito hablar, y aún indicar leves modificaciones. Pero ¿qué hubiera acontecido si alguno se hubiese propasado, no á renovar la cuestion, decidida ya, de mudanza de dinastía, sino á enmendar cualquier artículo de los sustanciales de la Constitucion? ¿Qué si hubiese reclamado la libertad de imprenta, la publicidad de las sesiones, una manera, en fin, más acertada de constituirse las Córtes? O para siempre hubiera enmudecido el audaz diputado de cuyos labios hubieran salido semejantes proposiciones, ó de prisa y estrepitosamente se hubiera disuelto el Congreso de Bayona. Así en el corto número de doce sesiones se cumplió con las formalidades de estilo, se tocaron várias materias, y se discutió y aprobó á la unanimidad una Constitucion de 146 artículos. Mas ¿á qué cansarse? Para conceptuar de qué libertad gozaron los diputados, basta decir que fué en Bayona y á vista de Napoleon donde celebraron sus sesiones.

Al fin, el 7 de Julio, reunido el Congreso en el mismo sitio de los anteriores dias, que fué en el palacio llamado del Obispado Viejo, juró José la observancia de la Constitucion en manos del Arzobispo de Búrgos, y tambien la juraron, aceptaron y firmaron los diputados, cuyo número no pasó de 91, siendo de notar que apénas 20 habian sido nombrados por las provincias. Los demas, ó eran de aquellos que habian acompañado al rey Fernando, ó individuos de diversas corporaciones ó clases residentes en Madrid y ciudades oprimidas por los soldados franceses. Para que subiera la cuenta obligaron tambien á españoles transeuntes casualmente en Bayona á que pusiesen su firma en la nueva Constitucion. Pero, á pesar de tales esfuerzos, nunca pudo completarse el número de 150, que era el determinado en la convocatoria.

Ahora sería oportuno entrar en el exámen de esta Constitucion, si por lo ménos hubiera gobernado de hecho la monarquía. Mas, ilegítima en su orígen, y bastarda produccion de tierra extraña, nunca plantada en la nuestra, no sería justo que nos detuviese largo tiempo, ni cortase el hilo de nuestra narracion. Sin embargo, atendiendo al elogio que de algunos ha merecido, séanos lícito poner aquí ciertas observaciones, que, si bien

restringidas y generales, no por eso dejarán de dar una idea de los defectos fundamentales que la oscurecían y anulaban.

Desde luégo nótese que falta en aquella Constitución lo que forma la base principal de los gobiernos representativos, á saber, la publicidad. Por ella se ilustra y conoce la opinion, y la opinion es la que dirige y guía á los que mandan en estados así constituidos. Dos son los únicos y verdaderos medios de conseguir que la voz pública suba con rapidez á los representantes de una gran nacion, y que la de éstos descienda y cunda á todas las clases del pueblo. Son, pues, la libertad de imprenta y la publicidad en las discusiones del cuerpo ó cuerpos que deliberan. Por la última, como decia el mismo Burke, llega á noticia de los poderdantes el modo de pensar y obrar de sus diputados, sirviendo tambien de escuela instructiva á la juventud; y por la primera, esencialmente unida á la naturaleza de un estado libre, conforme á la expresion del gran jurisconsulto Blackstone, se enteran los que gobiernan de las variaciones de la opinion y de las medidas que imperiosamente reclama, por cuya mutua y franca comunicacion, acumulándose cuantiosa copia de saber y datos, las resoluciones que se toman en una nacion de aquel modo regida no se apartan en lo general de lo que ordena su interes bien entendido; desapareciendo, en cotejo de tamaño beneficio, los cortos inconvenientes que en ciertos y contados casos pudieran acompañar á la publicidad, y de que nunca se ve del todo desembarazada la humana naturaleza. Pues aquellos dos medios tan necesarios de estamparse en una Constitución que se preciaba de representativa, no se vislumbraban siquiera en la de Bayona. Al contrario, por el artículo 80 se prevenia «que las sesiones de las Córtes no fuesen públicas.» Y en tanto grado se huía de conceder dicha facultad, que en el 81 íbase hasta graduar de rebelion el publicar impresas ó por carteles los opiniones ó votaciones. Quien con tanto esmero habia trabado la libertad de los diputados, no era de esperar obrase más generosamente con la de la imprenta. Diferíase su goce á dos años despues que la Constitución se hubiese planteado, no debiendo ésta tener su cumplido efecto ántes de 1813. Pero aún entónces, ademas de las limitaciones que hubieran entrado en la ley, parece ser que nunca se hubieran comprendido en su contexto los papeles periódicos. Así se infiere de lo prevenido en el artículo 45; porque, al paso que se crea una junta de cinco senadores encargados de velar acerca de la libertad de imprenta, se exceptúan determinadamente semejantes publicaciones, las que sin duda reservaba el Gobierno á su propio exámen. Véase, pues, cuán tardía y escatimada llegaría concesion de tal importancia.

Tampoco se habia compuesto ni deslindado atinadamente la potestad legislativa. Al sonido de la voz *senado*, cualquiera se figuraria haber sido erigido aquel cuerpo con la mira de formar una segunda y separada cámara, que tomase parte en la discusion y aprobacion de las leyes; pero no era así. Ceñidas sus facultades, en los tiempos tranquilos, á velar sobre la conservacion de la libertad individual y de la de imprenta, ensanchábanse en los borrascosos y cuando parecieren tales á la potestad ejecutiva, á suspender la Constitucion y á adoptar las medidas que exigiese la seguridad del Estado. Un cuerpo autorizado con facultad tan ámplia y poderosa debiera al ménos haber ofrecido en su independencia un equilibrio correspondiente y justo. Mas, constando de solos 24 individuos, nombrados por el Rey y escogidos entre empleados antiguos, ántes era sostenimiento de la potestad ejecutiva que valladar contra sus usurpaciones.

Para evitar éstas, ó resistirlas gananciosamente, no era más propicia ni recomendable la manera como se habian constituido las Córtes, las cuales, ademas de verse privadas de la publicidad, sólido cimiento de su conservacion, llevaban consigo la semilla de su propia desorganizacion y ruina. Por de pronto el Rey estaba obligado solamente á convocarlas cada tres años, y como para todo este intermedio se votaban las contribuciones, no era probable que se las hubiera congregado con más frecuencia. El número de vocales se limitaba á 162, divididos en tres estamentos, clero, nobleza y pueblo; componiéndose los dos primeros de 50 individuos. Debian, reunidos en la misma sala, discutir las materias y decidir las á pluralidad de votos, y no por separacion de clase. En cuya virtud, sin resultar las ventajas de la cámara de lores en Inglaterra, ni la del Senado en los Estados-Unidos, sirviendo de contrapeso entre la potestad real ó ejecutiva y la popular, aquí juntos y amontonados todos los estamentos ó brazos, hubieran presentado la imágen del desórden y la confusion. Cuando el cuerpo que ha de formar las leyes está dividido en dos cámaras, al choque funesto de las clases, que es temible exista estando reunidos los privilegiados y los que no lo son, sucede, cuando deliberan separadamente, el saludable contrapeso de las opiniones individuales, estableciéndose una mutua correspondencia entre los vocales de ambas cámaras, que no disienten en el modo de pensar, sin atender á la clase á que pertenecen. Por lo ménos así nos lo muestra la experiencia, gran maestra en semejantes materias. Cuanto más se reflexiona acerca del artificio de esta Constitucion, más se descubre que sólo en el nombre queria darse á España un gobierno monárquico representativo.

Habia, empero, artículos dignos de alabanza. Merécenla, pues, aquellos en que se declaraba la supresion de privilegios onerosos, la abolicion del tormento, la publicidad en los procesos criminales, y el límite de 20.000 pesos fuertes de renta señalado á la excesiva acumulacion de mayorazgos. Mas estas mejoras, que ya desaparecian junto á las imperfecciones sustanciales arriba indicadas, del todo se deslustraban y ennegrecian con la monstruosidad (no puede dársele otro nombre) de insertar en la ley fundamental del Estado que habria perpétuamente una alianza ofensiva y defensiva, tanto por tierra como por mar, entre España y Francia. Todo tratado ó liga de suyo variable supone por lo ménos el convenio recíproco de los dos ó más gobiernos que están interesados en su cumplimiento. Exigíase áun más en este caso: ya que quisiera darse á la alianza la duracion y firmeza de una ley fundamental, menester era que la otra parte, la Francia, se hubiese comprometido á lo mismo en las constituciones del imperio. Podrá redargüirse que estaba sujeta esta determinacion á un tratado posterior y especial entre ambas naciones. Pero segun el art. 24 de la Constitucion, que era en donde se adoptaba el principio, debia el tratado limitarse á especificar el contingente con que cada una habia de contribuir, y no de manera alguna á variar la base admitida de una alianza perpétua ofensiva y defensiva. No es de este lugar examinar la utilidad ó perjuicio que se seguiria á España, país casi aislado, de atarse con semejante vínculo y abrazar todas las desavenencias de una nacion como la Francia, contigua á tantas otras y con intereses tan complicados. Aquí sólo consideramos la cuestion constitucional, bajo cuyo respecto no pudo ser ni más fuera de sazón ni más extraña. Al ver adoptado semejante artículo, no podemos ménos de asombrarnos por segunda vez de que haya habido españoles, de los firmantes, tan olvidados de sí propios, que hayan asegurado en sus defensas haberse gozado en Bayona de entera é ilimitada libertad. Porque, si á sabiendas y voluntariamente le admitieron y aprobaron, ¿cómo pudieran disculparse de haber encadenado la suerte de su patria á la de otra nacion, sin que ésta se hubiera al propio tiempo comprometido á igual reciprocidad? Mas afortunadamente, y para honra del nombre español, si hubo algunos que con placer firmaron la Constitucion de Bayona, justo es decir que el mayor número lo hicieron obligados de la penosa é involuntaria situacion en que los habia colocado su aciaga estrella.

En el mismo dia 7 de Julio D. Miguel de Azanza propuso, y se acordó, la acuñacion de dos medallas que perpetuasen la memoria del juramento á la Constitucion, trasladándose en seguida la Junta en cuer-

po al palacio de Marrac á cumplimentar á Napoleon. Llevó la palabra el Presidente, y en silencio aguardaron todos con ansiosa curiosidad la respuesta del soberano de Francia, rodeado de los diputados españoles. Tres cuartos de hora duró el discurso del último, embarazoso en la expresion é infecundo en sus conceptos. Levantando, pues, la cabeza y echando una mirada esquiva y torva, la inclinaba despues aquel príncipe sobre el pecho, articulando de tiempo en tiempo palabras sueltas ó frases truncadas é interrumpidas, sin que centellease ninguno de aquellos rasgos originales que á veces brillaban en sus conversaciones ó arengas. Parecia representar su voz el estado de su conciencia. Impacientábanse todos, mas el disimulo reinaba por todas partes. Sus cortesanos quedaron inmóviles, y aturridos los españoles, á cuyos ojos achi-cóse en gran manera el objeto que tan agigantado les habia parecido de léjos. Fatigado el concurso, y quizá Napoleon mismo, despidió éste á los diputados, que sobrecogidos y silenciosos se retiraron. Azaroso andaba en todo lo de España.

Áun duraban las discusiones de la Constitucion, cuando llegó á Bayona una carta escrita en Valencey, en 22 de Junio, por la servidumbre de Fernando y los infantes, en la que «juraban (12) obediencia á la nue-

(12) Señor: Todos los españoles que componen la comitiva de SS. AA. RR. los príncipes, Fernando, Cárlos y Antonio, noticiosos por los papeles públicos de la instalacion de la persona de V. M. C. en el trono de la patria de los exponentes, con el consentimiento de toda la nacion, procediendo consecuentes al voto unánime, manifestado al Emperador y Rey en la nota adjunta, de permanecer españoles sin sustraerse de sus leyes en modo alguno, ántes bien queriendo siempre subsistir sumisos á ellas, consideran como obligacion suya muy urgente la de conformarse con el sistema adoptado por su nacion, y rendir, como ella, sus más humildes homenajes á V. M. C., asegurándole tambien la misma inclinacion, el mismo respeto y la misma lealtad que han manifestado al gobierno anterior, de la cual hay las pruebas más distinguidas, y creyendo que esta misma fidelidad pasada será la garantía más segura de la sinceridad de la adhesion que ahora manifiestan, jurando, como juran, obediencia á la nueva Constitucion de su país, y fidelidad al rey de España José I.

La generosidad de V. M. C., su bondad y su humanidad les hacen esperar que considerando la necesidad que estos príncipes tienen de que los exponentes continúen sirviéndoles en la situacion en que se hallan, se dignará V. M. C. confirmar el permiso que hasta ahora han tenido de S. M. I. y R. para permanecer aquí; y asimismo continuarles, por atencion á los mismos príncipes, con igual magnanimidad el goce de los bienes y empleos que tenian en España, con las otras gracias que á peticion suya les tiene concedidas S. M. I. y R., hermano augusto de V. M. C., y constan de la adjunta nota, que tienen el honor de presentar á los piés de V. M. C. con la más humilde súplica.

Una vez asegurados por este medio de que sirviendo á SS. AA. RR. serán considera-

va Constitucion de su país y fidelidad al rey de España José I.» Segun Escóiquiz, fué efecto de intimacion del Príncipe de Talleyrand, hecha á nombre de Napoleon, añadiendo que para evitar mayores males accedieron, encargándose él mismo de extender la carta en términos estudiados y medidos. Si así hubiera pasado, merecian disculpa Escóiquiz y sus compañeros; pero aconteció muy de otra manera; y, ó aquel se imaginó que nunca se trasluciria el contenido de su carta, ó con los infortunios se habia enteramente desmemoriado. En ella se prestaba el juramento de un modo claro, no ambiguo, y lo que era peor, se pedian nuevas gracias, expresadas en una nota adjunta, afirmándose tambien que *estaban prontos á obedecer ciegamente su voluntad* (la de José) *hasta en lo más mínimo*. Véase, pues, lo que llamaba Escóiquiz juramento condicional y aéreo, y carta escrita en términos medidos.

Asimismo Fernando escribió con igual fecha (13) á Napoleon, en nombre suyo y de su hermano y tio, dándole el parabien de haber sido

dos como vasallos fieles de V. M. C. y como españoles verdaderos, prontos á obedecer ciegamente la voluntad de V. M. C. hasta en lo más mínimo; si se les quisiese dar otro destino, participarán completamente de la satisfaccion de todos sus compatriotas, á quienes debe hacer dichosos para siempre un monarca tan justo, tan humano y tan grande en todo sentido como V. M. C.

Ellos dirigen á Dios los votos más fervorosos y unánimes para que se verifiquen estas esperanzas, y para que Dios se digne conservar por muchos años la preciosa vida de V. M. C. En fin, con el más profundo y más sincero respeto, tienen el honor de ponerse á los piés de V. M. C. sus más humildes servidores y fieles súbditos, en nombre de todas las personas de la comitiva de los príncipes.— EL DUQUE DE SAN CÁRLOS, D. JUAN ESCÓIQUIZ, EL MARQUÉS DE AYERBE, EL MARQUÉS DE FERIA, D. ANTONIO CORREA, D. PEDRO MACANAZ.— Valencey, 22 de Junio de 1808.— (LLORENTE, tomo I, pág. 105.)

(13) He recibido con sumo gusto la carta de V. M. I. y R. de 15 del corriente, y le doy gracias por las expresiones afectuosas con que me honra, y con las cuales yo he contado siempre. Las repito á V. M. I. por su bondad en favor de la solicitud del Duque de San Carlos y de D. Pedro Macanaz, que tuve el honor de recomendar. Doy muy sinceramente, en mi nombre y de mi hermano y tio, á V. M. I. la enhorabuena de la satisfaccion de ver instalado á su querido hermano en el trono de España. Habiendo sido objeto de todos nuestros deseos la felicidad de la generosa nacion que habita su vasto territorio, no podemos ver á la cabeza de ella un monarca más digno, ni más propio por sus virtudes para asegurársela, ni dejar de participar al mismo tiempo del grande consuelo que nos da esta circunstancia. Deseamos el honor de profesar amistad con S. M., y este afecto nos ha dictado la carta adjunta, que me atrevo á incluir, rogando á V. M. I. que despues de leida se digne presentarla á S. M. C. Una mediacion tan respetable nos asegura que será recibida con la cordialidad que deseamos. Sire: perdonad una libertad que nos tomamos, por la confianza sin límites que V. M. I. nos ha inspirado. Y con la seguridad de todo nuestro afecto y respeto, permitid que yo le renueve los más sinceros é invariables sentimientos,

ya instalado en el trono de España su hermano José; con una carta (leída en 30 de Junio ante los diputados de Bayona) inclusa para el último, en que se decía, despues de felicitarle, «que se consideraba miembro de la augusta familia de Napoleon, á causa de que habia pedido al Emperador una sobrina para esposa, y esperaba conseguirla»: tan caida y por el suelo andaba la corona de Cárlos V y Felipe II.

En 4 de Julio habia José arreglado definitivamente su ministerio. Tocó á D. Mariano Luis de Urquijo la secretaría de Estado, á cuyo puesto correspondia, segun la Constitucion de Bayona, refrendar todos los decretos. En el reinado de Cárlos IV, todavía aquél muy jóven, habia sido nombrado ministro interino de Estado. Adornado de ciertas calidades brillantes y exteriores, no se le reputaba por hombre de saber profundo; tachábanle de presuntuoso. Quiso en su ministerio enfrenar el tribunal de la Inquisicion, y restablecer á los obispos en sus primitivos derechos. Acarreóle su intento la enemistad de Roma y de una parte del clero español. Con esto, y haber el Príncipe de la Paz recobrado su antigua é ilimitada privanza, fué desgraciado Urquijo, encerrado en la ciudadela de Pamplona, y confinado despues á Bilbao, su patria. No tuvo parte en los primeros desaciertos de Madrid y Bayona, y sólo acudió á esta ciudad en virtud de reiterado llamamiento de Napoleon, quien le deslumbró prodigando lisonjas á su amor propio. Encargóse D. Pedro Cevallos del ministerio de Negocios extranjeros, con repugnancia y violencia segun él propio se expresa, con gusto y solicitud suya segun otros. Don Sebastian Piñuela y D. Gonzalo Ofárril se mantuvieron en sus respectivos ministerios de Gracia y Justicia y de Guerra. Obtuvo el de Indias D. Miguel José de Azanza, reservándose el de Marina para D. José Mazarredo, quien en dicho ramo gozaba de gran concepto, habiendo ilustrado su nombre en várias campañas; pero que, sin práctica en las materias de estado, y preocupado y nimio en otras, abrazó sin discernimiento, á manera de frenesí, el partido del Rey intruso. Púsose la Hacienda al cuidado del Conde de Cabarrus, francos de nacion, mas por aficion y enlaces de corazon español. Decidido en Zaragoza á seguir la gloriosa causa de aquellos moradores, fuese temor ó enfado de algun peligro que habia corrido en Agreda, mudó despues de parecer y aceptó el ministerio que José le confirió.

con los cuales tengo el honor de ser, Sire, de V. M. I. y R. su muy humilde y muy obediente servidor.— FERNANDO.— (LORENTE, tomo I, pág. 102.)

NOTA. La carta escrita á José, que se cita en la anterior, la oyeron todos los diputados de Bayona, y se quedó con el original don Miguel José de Azanza.

«Hombre extraordinario (según le pinta su amigo Jovellanos), en quien competían los talentos con los desvaríos, y las más nobles calidades con los más notables defectos.» No era fácil que en un tiempo en que el nuevo rey ansiaba granjearse la estimación pública, se hubiese olvidado en la repartición de empleos y gracias del hombre insigne que acabamos de citar, de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Libertado de su largo y penoso encierro al advenimiento al trono de Fernando VII, habiase retirado á Jadraque en casa de un amigo para recobrar su salud, debilitada y perdida con los malos tratamientos y duro padecer. Buscóle en su retiro Murat, mandándole pasase á Madrid; excusóse con el mal estado de su cuerpo y de su espíritu. Acosáronle poco despues los de Bayona: José de oficio para que fuese á Astúrias á reducir al sosiego á sus paisanos, y confidencialmente D. Miguel de Azanza, anunciándole que se le destinaba para el ministerio de lo Interior. Disculpóse con el primero en términos parecidos á los que habia usado con Murat, y al segundo le manifestó «que estaba léjos de admitir ni el encargo, ni el ministerio, y que le parecia vano el empeño de reducir con exhortaciones á un pueblo tan numeroso y valiente, y tan resuelto á defender su libertad.» Reiteráronse las instancias por medio de Ofárril, Mazarredo y Cabarrus. Acometido tan obstinadamente de todos lados, expresó en una de sus contestaciones «que cuando la causa de la patria fuese tan desesperada como ellos se pensaban, sería siempre la causa del honor y la lealtad, y la que á todo trance debia preciarse de seguir un buen español.» Sordos á sus razones y á sus disculpas, le nombraron ministro mal de su grado, é insertaron en la Gaceta de Madrid su nombramiento: señalada perfidia con que trataron de comprometerle. Por dicha salvóle la honra lo terso y limpio de su noble conducta, y sirvió de obstáculo á la persecucion que su constante resistencia hubiera podido acarrearle, la victoria de Bailén: con cierta prolijidad hemos referido este hecho, como ejemplo digno de ser transmitido á la posteridad.

Formado que hubo su ministerio el rey intruso, se ocupó en proveer los empleos de palacio en los grandes que estaban en Bayona (14), y cuya enumeracion omitimos por inútil y fastidiosa. El Duque del Infantado fué nombrado coronel de guardias españolas, y de walongas el Príncipe de Castel-Franco. Mucho desmereció el primero, viéndole la nacion volver favorecido por la estirpe que habia despojado del trono al rey Fernando, y cuya pérdida habia en gran parte provenido de haber escucha-

(14) En la *Gaceta de Madrid* del 13 de Julio de 1808 y siguientes.

do sus consejos. Pocos fueron los franceses que acompañaron á José, y en eminente puesto solamente colocó al general Saligny, duque de San German, escogido para ser uno de los capitanes de guardias de Corps. Imitó en eso la política de Luis XIV, quien, segun expresa el Marqués de San Felipe (15), «mandó prudentísimamente que ningun vasallo suyo entrase en España..... Con lo que explicaba entregar enteramente al Rey (Felipe V) al dictámen de los españoles, y que ni los celos de su favor ni el mando turbase la pública quietud.»

Al fin, arreglado lo interior de palacio y el supremo gobierno, determinó José, de acuerdo con su hermano, entrar en España el 9 de Julio, confiados ambos en que á favor de ciertas ventajas militares alcanzadas por las armas francesas, sería fácil llegar sin impedimento á la capital del reino; por lo cual es ya ocasion de hablar de las acciones de guerra, y reencuentros que hubo por aquel tiempo, ántes de proceder más adelante.

Santander, punto marítimo y cercano á las provincias aledañas de Francia, fijó primero la atencion de Napoleon. Por su órden se encomendó al mariscal Bessières que destacase la suficiente fuerza para ahogar aquella insurreccion. Éste en 2 de Junio hizo partir de Búrgos al general Merle, poniendo bajo su mando seis batallones y 200 caballos. Ya dijimos que al levantarse Santander se habia colocado en las principales gargantas de su cordillera la gente de nuevo alistada. El 4, advertidos los jefes españoles de que los franceses avanzaban, dispusieron replegarse á las posiciones más favorables, resueltos á impedir el paso. Aguardaban ser acometidos en la mañana del 5; mas aclarando el dia y disipada la densa niebla que con frecuencia cubre aquellas alturas, notaron con sorpresa que los franceses habian alzado el campo y desaparecido. La bisoña tropa atribuyó la retirada á temores del ejército enemigo, con lo que adquirió una desgraciada y ciega confianza; muy otra era la causa.

Habiase insurreccionado Valladolid, cundia el fuego de un pueblo en otro, y tocando casi á los mismos muros de Búrgos, en donde el mariscal Bessières tenía asentado su cuartel general, recelóse éste de ver cortadas sus comunicaciones si de pronto no acudia al remedio. Consideraba mayor el peligro, y más graves las conmociones cercanas con un caudillo de nombre, como lo era D. Gregorio de la Cuesta; y en tal estado, pareció oportuno no alejar ni esparcir su fuerza, y obrar solamente contra

(15) MARQUES DE SAN FELIPE, en sus *Comentarios*, año de 1700.

el enemigo más inmediato. Mandó, por tanto, á las tropas enviadas ántes camino de Santander que, retrocediendo, viniesen al encuentro del general Lassalle, quien asistido de cuatro batallones de infantería y 700 caballos, se dirigia hácia Valladolid. Habia el último salido de Búrgos el 5 de Junio, y al anochecer del 6 llegó á Torquemada, villa situada cerca de Pisuerga y que domina el campo de la márgen opuesta. Muchos vecinos abandonaron el pueblo, algunos se quedaron, y preparándose para la defensa, atajaron con cadenas y carros el puente, bastante largo, por donde se va á la villa. Ciento de los más animosos, parapetados detrás ó subidos en la iglesia y casas inmediatas, dispararon contra los franceses que se adelantaban. No arredrados éstos con el incierto y lejano fuego del paisanaje, aceleraron el paso, y bien pronto, desembarazando el puente, penetraron por las calles y saquearon y quemaron lastimosamente sus casas y edificios. Dispersos los defensores, fueron unos acuchillados por la caballería, otros atravesados por las bayonetas de los infantes, y tratados los demas moradores con todo el rigor de la guerra, sin que se perdonase á edad ni sexo.

En Palencia se habian tambien reunido los mozos con varios soldados sueltos, á las órdenes del anciano general D. Diego de Tordesillas. Mas, aterrorizados con el incendio de Torquemada, se retiraron á tierra de Leon, procurando el Obispo aplacar la furia de los franceses con un obsequioso recibimiento. Llegaron el 7, y á sus ruegos, se contentaron con desarmar á los habitantes, imponiéndoles ademas una contribucion bastante gravosa.

En Dueñas se engrosó la division de Lassalle con la de Merle, de vuelta de Reinosa, y allí acordaron el modo de atacar á D. Gregorio de la Cuesta. Habia el general español ocupado á Cabezon, distante dos leguas de Valladolid. Contaba bajo su mando 5.000 paisanos mal armados y sin instruccion militar, 100 guardias de Corps de los que habian acompañado á Bayona á la familia real, y 200 hombres del regimiento de caballería de la Reina. Reducíase su artilleria á cuatro piezas, que habian salvado del colegio de Segovia sus oficiales y cadetes. Cabezon, situado á la orilla izquierda de Pisuerga, contiguo al puente adonde viene á parar la calzada de Búrgos, y en paraje más elevado, ofrecia abrigo y reparo á la gente allegadiza de Cuesta, si hubiera sabido ó querido éste aprovecharse de tamaña ventaja. Pero, con asombro de todos, haciendo pasar al otro lado del rio lo grueso de sus tropas, colocó en una misma línea la caballería y los paisanos, entre los que se distinguia por su mejor arreo y disciplina el cuerpo de estudiantes. Situó cerca y á la salida del puen-

te dos cañones, y dejó los otros dos del lado de Cabezon. Quedaron asimismo por esta parte algunas compañías de paisanos de las parroquias de Valladolid, cada una con su bandera, para guardar los vados del rio: inexplicable arreglo y ordenacion en un general veterano.

Temprano, en la mañana del 12, empezó el ataque. El frances Lasalle marchó por el camino real, cubriendo el movimiento de su izquierda con el monasterio de Bernardos de Palazuelo. El general Merle tiró por su derecha hácia Cigales, con intento de interceptar á Cuesta si queria retirarse del lado de Leon, como se lo habian los enemigos pensado al verle pasar el rio, no pudiendo achacar á ignorancia semejante determinacion. La refriega no fué ni larga ni empeñada. A las primeras descargas los caballos, que estaban avanzados y al descubierto en campo raso, empezaron á inquietarse, sin que fueran dueños los jinetes de contenerlos. Perturbaron con su desasosiego á los infantes y los desordenaron. Al punto dióse la señal de retirada, agolpándose al puente la caballería, precedida por los generales Cuesta y D. Francisco Eguía, su mayor general. Los estudiantes se mantuvieron aún firmes, pero no tardaron en ser arrollados. Unos, huyendo hácia Cigales, fueron hechos prisioneros por los franceses, ó acuchillados en un soto á que se habian acogido. Otros, procurando vadear el rio ó cruzarle á nado, se ahogaron con la precipitacion y angustia. No fueron tampoco más afortunados los que se dirigieron al puente. Largo y angosto, caian sofocados con la muchedumbre que allí acudia, ó muertos por los fuegos franceses, y el de un destacamento de españoles situado al pié de la ermita de la Virgen del Manzano, cuyos soldados, poco certeros, más bien ofendian á los suyos que á los contrarios. Grande fue la perdida de nuestra parte, cortísima la de los franceses. El general Cuesta tranquilamente continuó su retirada, y sin detenerse se replegó con la caballería á Rioseco, pasando por Valladolid. No faltó quien atribuyese su extraña conducta á la traicion ó despiques por haberle forzado á comprometerse en la insurreccion. Otras batallas posteriores, en que, exponiendo mucho su persona, anduvo igualmente desacertado en las disposiciones, probaron que no obraba de mala fe, sino con poco conocimiento de la estrategia.

Los enemigos, temerosos de alguna emboscada, cañonearon al principio á Cabezon, sin entrar en el pueblo. Con el ruido y las balas ahuyentaron á los vecinos, y sólo á mediodía penetraron en las casas, saqueándolas y abrasando en las eras los efectos y ajuar que no pudieron llevar consigo. Fué el botin abundante, porque, como era domingo, casi todos los habitantes de Valladolid habian ido allí como á fiesta y rome-

ría, imaginándose, á fuer de inexpertos, segura y fácil la victoria. El camino de Cabezón estaba sembrado de despojos de innumerable gentío, que precipitadamente quería ponerse en salvo. Los franceses avanzaron con lentitud, y no entraron en Valladolid hasta las cinco de la tarde. El Obispo y unos cuantos regidores y ministros de la chancillería salieron á recibirlos para calmar su enojo. Respetaron la ciudad, quitaron las armas á los vecinos, se llevaron algunos en rehenes y la gravaron con una fuerte contribución. No se detuvieron sino hasta el 16, en cuyo día abandonaron la ciudad, queriendo apagar la insurrección de Santander.

El general Lassalle se apostó en Palencia para observar á Cuesta y apoyar la expedición que iba á la montaña, capitaneada por el general Merle. Llegó éste á Reinosa el 20 con fuerza considerable, y el 21 marchó sobre Lantueno. Guardaba las entradas de aquel lado D. Juan Manuel Velarde con 3.000 hombres, los más paisanos, y dos piezas de grueso calibre. Cuando la primera retirada del enemigo, los españoles, en vez de redoblar sus esfuerzos, descuidaron los preparativos de defensa, y la gente, como nueva é indisciplinada, se desbandó en parte, juzgando ya inútil su asistencia. Los franceses atacaron en dos columnas; opúsoseles escasa resistencia, pues en breve cedieron á la pericia de aquéllos los nuevos reclutas, salvándose el mayor número por las fraguras, y reparándose los ménos de una segunda línea de defensa, formada entre las Fraguas y Somahoz. Estrechado allí el camino de un lado por un despeñadero, y del otro por la roca Tajada, ofreció facilidad para que se le embarazase con ramas, peñascos y troncos, colocando detras algunos cañones. Mas los españoles, desmayados con el primer descalabro, y viendo que las tropas ligeras del enemigo avanzaban por su derecha é izquierda, y los flanqueaban á pesar de lo escabroso del terreno, se retiraron apresuradamente, dejando libre el paso al general Merle, quien se posesionó de Santander el 23.

Por el Escudo las avanzadas de la división española que ocupaba aquel punto, á las órdenes de don Emeterio Velarde, ya el 19 reconocieron al enemigo, que venía sobre ellos con 1.200 infantes y 60 coraceros. Era su general el de brigada Ducos, quien había partido de Miranda de Ebro, empezando su movimiento á la misma sazón que Merle. La fuerza española era aún más flaca por esta parte que por la de Reinosa, y sólo tenía un cañón servible. Rechazóse, sin embargo, en un principio al enemigo. Disponfábase de nuevo á resistirle, cuando, informado D. Emeterio de la rota experimentada por los de Lantueno, formó un consejo de guerra, y en él se decidió separarse, guarecidos de la densa niebla es-

parecida por las montañas, y por cuya causa habia cesado el fuego de una y otra parte. El general Ducos avanzó entónces, y juntándose con Merle, llegó en su compañía á Santander.

El Obispo, luego que supo que los franceses se aproximaban á la montaña, arrebatado de entusiasmo, montó en una mula, y pertrechado de todas armas, se encaminó adonde acampaba el ejército; pero encontrándole á poco deshecho y disperso, decayó de ánimo, y huyó como los demas, refugiándose á Astúrias, lo cual dió lugar á la voz de haber servido dicho prelado de guía á las tropas en aquella sazón.

Pocos dias despues del levantamiento de Santander, habia entrado de arribada en el puerto un buque frances, procedente de sus colonias y ricamente cargado. La Junta, en medio de sus apuros, tuvo la generosidad de no aprovecharse del precioso socorro que el acaso le ofrecia, y permitió al buque seguir su viaje á Francia, dando ademas libertad y poniendo á su bordo al cónsul y á los otros franceses que en un principio habian sido arrestados. Accion tan noble y rara no evitó á Santander el ser molestado en lo sucesivo con derramas é imposiciones extraordinarias.

El vigilante cuidado de Napoleón no se adormeció del lado de Aragon, disponiendo que el general de brigada Lefebvre Desnouettes, con 5.000 hombres de infantería y 800 caballos, partiese el 7 de Junio de Pamplona. Llegó el 8 delante de Tudela. Los vecinos habian cortado el puente del Ebro con intento de impedir el paso; pero los franceses, cruzando en barcas el rio, se apoderaron de la ciudad, á pesar de gente y socorros que habia enviado Zaragoza á las órdenes del Marqués de Lazan. Arcabucearon, para escarmiento, algunas personas, como si fuera delito defender sus hogares contra el extranjero; repararon el puente y prosiguieron su marcha. El Marqués de Lazan, que con tropa colecticia se habia adelantado hasta Tudela, se replegó y tomó posicion el 13 junto á un olivar, apoyando su izquierda en la villa de Mallen, y la derecha en el canal de Aragon. Resistieron con valor sus soldados; mas, atacando los enemigos vigorosamente uno de los flancos, comenzaron los nuestros á ciar, y del todo se desordenaron con una carga que les dieron los lanceros polacos. No por eso se abatieron los aragoneses, y todavía aquel dia mismo pelearon en Gallur, aunque tambien con desventaja. En la madrugada del 14, noticioso el general Palafox de la rota de su hermano, salió en persona de Zaragoza, acompañado de 5.000 paisanos mal armados, dos piezas de artillería, 80 caballos del regimiento de dragones del Rey, con otros oficiales y soldados sueltos, y fué al encuentro del ene-

migo, dirigiéndose á la villa de Alagon, cuatro leguas distante de aquella capital. Pareció oportuno posesionarse de aquel punto, cuya posicion elevada, entre los ríos Jalon y Ebro, era ademas favorecida por los olivares y tapias que estrechan el camino que viene de Navarra. A las tres de la tarde colocó su gente el general Palafox más allá de la villa, distribuyendo tiradores por delante de sus flancos, y enfilando la entrada con los dos cañones que tenía. Los mal disciplinados paisanos fueron fácilmente arrollados por las tropas aguerridas del enemigo. En vano se trató de detenerlos. Sin embargo, con algunos de ellos más valerosos ó serenos, con los pocos soldados de línea que allí habia y la artillería defendióse por largo rato y vivamente la entrada de la villa. Al fin resolvió Palafox retirarse con 250 hombres que le quedaban, y en cuyo número se contaban soldados del primer batallon de voluntarios de Aragon y los del Rey, de caballería, con algunos tiradores diestros. De los paisanos, sien-do muchos del partido de Alcañiz, se recogieron los más á sus casas, entrando por la noche con Palafox en Zaragoza los que eran de allí naturales. Los franceses entónces se aproximaron á aquella ciudad, en cuyas cercanías los dejarémos, para tomar despues el hilo, y no interrumpirle en la narracion de su memorable sitio.

Debía dar la mano á las operaciones de Aragon el ejército frances de Cataluña. Napoleon, figurándose que, dueño de Barcelona y Figueras, lo era de la provincia, no creyó arriesgado sacar parte de las fuerzas que la ocupaban. Así ordenó que de aquel punto se enviasen socorros á Aragon y Valencia. Conformándose el general Duhesme con lo que se le mandaba, dispuso que 3.800 hombres, conducidos por el general Schwartz, se dirigiesen á Zaragoza, y que 4.200, á las órdenes de Chabran, se apoderasen de Tarragona y Tortosa, continuando en seguida su marcha á Valencia. Los primeros debian al paso castigar á Manresa por su anterior levantamiento, quemar sus molinos de pólvora, é imponer al vecindario 750.000 francos de contribucion. Ambas expediciones salieron de la capital el 4 de Junio. La de Schwartz se detuvo en Martorell el 5, á causa de una abundante lluvia, con cuya feliz demora alcanzaron á tiempo á Igualada y Manresa los avisos de sus confidentes. La insurreccion ya comenzada tomó incremento y extraordinario ensanche, tocóse á somaten, se despacharon expresos á todas partes, y resolvieron aguardar al enemigo en la posicion del Bruch y Casa-Masana.

Es el somaten en Cataluña «un género de socorro, como dice Zurita, repentino y cierto, que muchas veces ha sido de grande efecto.» Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la

campana concejil todos los hombres aptos para las armas en las diversas veguerías ó partidos, segun lo dispone el usaje de Barcelona. Fué en este caso no ménos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Habia pocas armas, y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil, se cortaron las varillas de hierro de las cortinas para que supliesen la falta.

Los somatenes de Igualada y Manresa fueron los primeros que se prepararon, y al hijo de un mercader, llamado Francisco Rivera, tenfásele por principal caudillo. Apostáronse, pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch. Apénas habia pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre, y tomado la revuelta que forma el camino real ántes de emparejar con el de Manresa, cuando fue detenida por el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz, despues de un rato de espera, embistió á sus contrarios; replegáronse éstos, y disputando el terreno á palmos, se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada, y otros de Casa-Masana. Desalojados del último punto y teniéndose por perdidos, apriesa se retiraban, y completa hubiera sido su derrota, á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspension del frances, cobraron aliento, y engrosados con el somaten de San Pedor, compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo á la carga. Venía con los recién llegados un tambor, quien, como más experto, hizo las veces de general en jefe. Vivamente acometieron todos juntos á los franceses de Casa-Masana, los que se recogieron al cuerpo de la columna, que comia el rancho á retaguardia.

El número de somatenes crecia por momentos, sus ánimos se enardecian, adquiriendo ventaja sobre los franceses, descaecidos con la impensada embestida. Schwartz, al ver retirarse su vanguardia, y al ruido de la caja del somaten de San Pedor, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanaje. Formó entónces el cuadro para evitar ser envuelto, y al cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia, llegaron sin desórden hasta Esparraguera.

Los vecinos de esta villa, puestos en acecho, y sabiendo que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa, con todo linaje de obstáculos, en especial con muebles y utensilios de casa. Al anoecer se acercaron los franceses, y penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes comenzaron á ofenderlos á tejazos y pedra-

das, con algunos escopetazos, y hasta con calderadas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y dividiendo su gente en dos trozos, la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó despues la marcha durante la noche, hostigado incesantemente por los somatenes, los que le cogieron un cañon en la Riera de Cabrera, y le acosaron hasta Martorell. No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera, y así fuéles permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de Junio, pero tan destrozados y abatidos, que dieron claro indicio de la rota experimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende á que fueron acometidos por gente allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno y protegidos en el alcance por toda la poblacion.

Toca á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué, en efecto, la victoria del Bruch la que ántes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo, admirable en sus circunstancias, resonando por todo el principado, excitó noble emulacion en todos sus habitadores, declarándose á porfía los pueblos unos en pos de otros y denonadamente.

Con razon Duhesme se sobrecogió al saber el inesperado descalabro, más que por su importancia, por el aliento que infundia en los apellidados insurgentes. Atento al corto número de tropas que mandaba, obró cuerdamente en no aventurarse á nuevos riesgos y en reconcentrar sus fuerzas. Conservar sus comunicaciones con Francia debió ser su principal mira, y mal lo hubiera conseguido desparramando sus soldados en diversas direcciones; así fué que llamó á Chabran á Barcelona.

Con mayor felicidad que Schwartz habia aquél dado principio á su expedicion de Valencia, penetrando sin tropiezo el 7 de Junio en los muros de Tarragona. Guarnecia la plaza el regimiento suizo de Wimpffen, al servicio de España, cuya oficialidad condújose con tal medida, que no despertando los recelos del frances, tuvo la dicha de mantener intacto su cuerpo, despues señalado apoyo de la buena causa. El general Chabran, en cumplimiento de las órdenes de su jefe, evacuó el 9 á Tarragona, mas á su vuelta encontró sublevado el país que poco ántes habia pacíficamente atravesado. En el Vendrell y en Arbós opúsosele empeñada resistencia. Trescientos suizos de Wimpffen, que iban á incorporarse con los de Tarragona, ayudaron y sostuvieron á los paisanos, y defendieron juntos con notable bizarría la posicion de Arbós, aunque no fuese el terreno favorable á soldados bisoños. Despues de repetidos ataques, consiguie-

ron los franceses ahuyentar á los somatenes y apoderarse de la artillería que consigo tenían. Entraron en Arbós, y para vengarse del atrevido arrojó de sus habitantes, maltrataron y mataron á muchos de ellos. Continuó Chabran á Villafranca de Panadés, y no cesó el estrago, saqueando allí y quemando casas y edificios, en desagravio, segun decía, del asesinato del gobernador español Toda, de que ya hablamos; singular equidad la de castigar una poblacion entera por las demasías de contados individuos. Duhesme salió en busca de la tropa que volvía de Tarragona, habiendo sabido que en la ruta topaba con resistencia, y reunidos unos y otros entraron en Barcelona el dia 12.

Aunque resueltos á no intentar de nuevo expediciones lejanas ni otras importantes operaciones que las que exigiese la libre comunicacion con Francia, quisieron, sin embargo, viéndose todos juntos, probar fortuna, con deseo de castigar al paisanaje de Manresa y su comarca. Para lo cual, reunidas las columnas de Schwartz y Chabran, salieron el 13 al mando del último, tomando el mismo camino que la vez primera. En el tránsito saquearon y quemaron muchas casas de Martorell y Esparraguera, ahora desaparecida, y cometieron todo linaje de desórdenes y excesos, con cuyo desmandado porte provocábase la ira del tenaz catalan; no se le arredraba.

Interesada la gloria de los manresanos en sostener el sitio del Bruch, testigo de sus primeros laureles, habian atendido á fortificarle y guarnecerle debidamente, en union con la junta de Lérida y pueblos del contorno. Apellidaron allí sus somatenes, y les agregaron los soldados escapados de Barcelona, y cuatro compañías de voluntarios leridanos, al mando de D. Juan Baguet, con algunas piezas de artillería traídas de las fortalezas del principado. El 14 trató Chabran de forzar la posicion; mas, á pesar de venir los franceses con dobles fuerzas y de caminar advertidos, fué vana su empresa. Estrellóse su desapoderado orgullo contra las flacas armas del somaten catalan y de pocos y mal regidos soldados. En reiterados ataques quisieron enseñorearse de la posicion; rechazados en todos, volvieron atras sus pasos, y con pérdida de 500 hombres y alguna artillería, perseguidos y hostigados por los paisanos, se metieron vergonzosamente en Barcelona.

Frustradas las primeras tentativas, y no habiendo podido ser ejecutadas las órdenes de Napoleon, suspendió Duhesme darles el debido cumplimiento, y volvió exclusivamente la atencion á asegurar y poner libres las comunicaciones con Francia. Para ello salió de Barcelona el 17 de Junio con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artille-

ría, prefiriendo al camino que va por Hostalrich el de la marina. Habíanse armado los paisanos del Vallés, y en número de 9.000 aguardaban á los franceses en la cresta de Mongat. Los inexpertos somatenes se imaginaron que sólo por el frente habian de ser acometidos; pero el general frances, disfrazando con varios ataques falsos el verdadero, los envolvió por su derecha, y en breve los deshizo y dispersó. Dueño el enemigo de Mongat, batería de la costa, cometió con los paisanos inauditas crueldades. Mataró, que había pensado en defenderse, no cejó en su propósito con la desgracia acaecida. Colocando artillería en las avenidas del camino de Barcelona, hicieron los vecinos fuego contra las columnas francesas que se acercaban. No tardaron en ser desbaratados, y el mismo dia 17 entraron los enemigos en Mataró y la saquearon. Ciudad de 20.000 habitantes, y rica por sus fábricas de algodón, vidrio y encajes, ofreció al vencedor copioso botin, no perdonando su codicia ni los vestidos de las mujeres, ni otros objetos de poco valor y uso comun. El asesinato, la violencia hasta de las vírgenes más tiernas acompañaron al pillaje, confundiendo á veces, cebados en los mismos excesos, el general con el soldado; largos dias llorará Mataró aquel tan aciago y cruel.

En la mañana siguiente continuaron los franceses la marcha sobre Gerona. En su tránsito dejaron sangriento rastro, por las muertes, robos y destrozos con que afligieron á todos los pueblos. En tanto grado convierte la guerra en hombres inhumanos á los soldados de una nacion culta. Habia solamente de guarnicion en Gerona 300 hombres del regimiento de Ultonia y algunos artilleros, los que, con gente de mar de la vecina costa, dirigieron los fuegos de aquella arma. Limitadísimo número, si los nobles, el clero y todos los vecinos sin excepcion, inflamados de amor patrio, no hubiesen sostenido con el mayor brío los puntos que se confiaron á su cuidado. Era gobernador interino D. Julian de Bolívar.

A las nueve de la mañana del propio dia 20 se presentó el enemigo en las alturas de la aldea de Palausacosta; mas, incomodado con algunos cañonazos del baluarte de la Merced y fuerte de Capuchinos, se replegó á Salt y Santa Eugenia, cuyas aldeas saqueó á sangre y fuego. Por la tarde, despues de varios reconocimientos, atacó formalmente, dirigiendo su izquierda por los lugares que acabamos de mencionar, al paso que su derecha, cruzando el Oña, acometió con ímpetu é intentó forzar la puerta del Cármen. Los sitiados le repelieron con valor y serenidad. Señalóse Ultonia, cuyo teniente coronel, D. Pedro Odally, quedó herido. Atacó en seguida el fuerte de Capuchinos, en donde fué igualmente repelido, habiendo experimentado considerable pérdida. Burladas sus esperan-

zas, colocó una batería cerca de la cruz de Santa Eugenia, no léjos de la plaza; causó algun daño en el colegio tridentino y otros edificios, y respondiendo con acierto á sus fuegos las baterías de la plaza, la noche puso término al combate.

Fué aquélla sumamente lóbrega, y confiados los franceses en la oscuridad, se acercaron calladamente al muro, y de tal manera y con tanto arrojo, que hasta hallarse muy cerca no fueron sentidos. Peleóse entonces por ambos lados con braveza, alumbrados solamente por los fogonazos del cañon, y no interrumpido el silencio sino por su estruendo y los ayes de los heridos moribundos. ¡Espantosa noche! El enemigo osó arrimar escalas al baluarte de Santa Clara. Algunos de sus soldados pusieron encima de la misma muralla, y apresuradamente les seguían sus compañeros, cuando una partida del regimiento de Ultonia, matando á los ya encaramados, precipitó á los otros y estorbó á todos continuar en aquel intento. El fuego, sin embargo, no cesó hasta que el baluarte de San Narciso, tirando á metralla, destrozó á los acometedores y los dispersó, dejando el campo, como despues se vió, sembrado de cadáveres y heridos. No cansados todavía los franceses, renovaron el ataque á las doce de la noche, queriendo asaltar el baluarte de San Pedro; pero fueron rechazados de modo, que desistieron de proseguir en su empresa, retirándose temprano por el camino de Barcelona, en la mañana del 21. Aunque corta, fué notable esta primera defensa de Gerona, cuya plaza tanto lustre adquirió despues en otra inmediata acometida, y sobre todo en el célebre sitio del siguiente año. Los somatenes molestaron por todas partes al enemigo, habiendo impedido, con su ayuda, que pasase al otro lado del Ter. No fué ménos que de 700 hombres la pérdida de los franceses; la de los españoles mucho más reducida.

Duhesme volvió á Barcelona, dejando en Mataró parte de su ejército, que puso al cuidado de Chabran, y cuyo trozo, compuesto de 3.500 hombres, fué al Vallés á buscar vituallas. Rodeados siempre los franceses por el paisanaje, tuvieron en Moncada que romper á viva fuerza un cordón de somatenes, siendo al cabo detenidos cerca de Granollers por el teniente coronel D. Francisco Milans, quien los ahuyentó, haciéndoles perder la artillería. A la retirada, como de costumbre, talaron y destruyeron el país por donde pasaron.

Al propio tiempo que tan mal parados andaban los invasores en aquella parte de Cataluña, tampoco se descuidaron sus naturales en el mediodía, formando á la márgen derecha del Llobregat una línea de hombres belicosos, que defendían los caminos de Garraf, Ordal y Espa-

rraguera. Los capitaneaba D. Juan Baguet, que con los voluntarios de Lérida habia la segunda vez contribuido á repeler en el Bruch á los franceses. Desde allí enviaban partidas sueltas, que recorrian la tierra en todas direcciones. Incomodado Duhesme de verse así estrechado, envió contra ellos el general Lechi, quien el 30 de Junio obligó á los somatenes á abandonar su posicion, cogiéndoles algunos cañones y aventajándose á todos los suyos en cometer demasías. No por eso desmayaron los vencidos, apareciéndose en breve hasta en las cercanías de la misma Barcelona.

Por este término, y con éxito vário, se ejecutaron las órdenes de Napoleon en Cataluña, Aragon y Castilla. Fueron parecidas las que significó para las otras provincias el gran Duque de Berg, cuya solícita diligencia procuró aniquilar en derredor suyo la semilla insurreccional, que brotaba con lozanía. Insinuamos ántes várias de sus providencias, y las que de consuno con la Junta de Madrid se habian tomado para cortar las conmociones sin tener que venir á las manos. Inútiles fueron sus esfuerzos, como lo serán siempre todos los que se dirijan á contener por la persuasíon el levantamiento de una nacion entera. No le pesó quizá á Murat, á cuyo gusto y anterior vida se acomodaban más las armas que los discursos. Así fué que, á veces á un tiempo y otras muy de cerca, mandó que sus tropas acompañasen ó siguiesen á las proclamas y exhortaciones de la Junta. Consideró como de mayor importancia las Andalucías y Valencia, y de consiguiente trató ante todo de asegurarse de aquellas provincias, mayormente habiendo dado Sevilla ya en primeros de Mayo muestras de desasosiego y grave alteracion.

Dupont, acantonado en Toledo, recibió la órden de dirigirse á Cádiz, y el 24 del mismo Mayo se puso en marcha. Llevaba consigo los dos regimientos suizos de Reding y Preux al servicio de España, la division de infantería del general Barbou, compuesta de 6.000 hombres y ademas 500 marinos de la guardia imperial, con 3.000 caballos, mandados por el general Fresia. Iban todos tan confiados en el buen éxito de su empresa, que Dupont señalaba de antemano al ministro de Guerra de Francia el dia que habia de entrar en Cádiz. Atravesaron la Mancha tranquilamente, y en tal abundancia hallaban los mantenimientos, que dejaron almacenados en el pósito de Santa Cruz de Mudela la galleta y víveres que á prevencion traian, y de los que pocos dias despues se apoderaron aquellos vecinos, cogiendo tambien parte de los soldados que los custodiaban y matando otros. El 2 de Junio penetraron los franceses por las estrechuras de Sierra-Morena. Hasta allí, si bien habian notado in-

quietud y desvío en los habitantes, ningun síntoma grave se habia manifestado. En la Carolina se despertó su recelo viéndola sola y desierta, y al entrar en Andújar supieron el levantamiento general de Sevilla y la formacion de una junta suprema. No por eso suspendieron su marcha, llegando al amanecer del 7 delante del puente de Alcolea. Don Pedro Agustín de Echavarrí, oficial de cierto arroyo, pero ignorante en el arte de la guerra, y á quien vimos al frente de la insurreccion cordobesa, se habia situado en aquel paraje. Tenía á sus órdenes 3.000 hombres de línea, compuestos de parte de un batallon de Campo-Mayor, de soldados de varios regimientos provinciales, con granaderos de los mismos, á los que se agregaba alguna caballería y un destacamento de suizos. No habia entre ellos cuerpo completo que estuviese presente. El número de paisanos era más considerable, y habíase de Sevilla recibido bastante artillería. Los españoles, levantando una cabeza de puente, habian colocado en ella 12 cañones para impedir el paso del Guadalquivir y cubrir así la ciudad de Córdoba, puesta á su márgen derecha, y distante unas tres leguas de las ventas de Alcolea. El puente es largo y torcido, formando un ángulo ó recodo, que estorba el que por él se enfilen los fuegos de cañon. A la izquierda del rio se habia quedado la caballería española con intento de acometer á los enemigos por el flanco y espalda al tiempo que éstos comenzasen el ataque de frente. Los franceses, para desembarazarse, trataron de dar á aquélla una vigorosa carga, la cual repetida, contuvo á los jinetes españoles, sin lograr desbaratarlos. A poco la infantería francesa avanzó al puente. Los fuegos bien dirigidos de la obra de campaña recién construida, y sostenida tambien valerosamente por el oficial Lasala, que mandaba á los de Campo-Mayor y granaderos provinciales, mantuvieron por algun tiempo con firmeza la posicion atacada. Pero el paisanaje, todavía no fogueado, desamparando á la tropa, facilitó á los franceses escalar la posicion, que, levantada de prisa, ni era perfecta ni estaba del todo concluida. Sin embargo, la caballería española, no habiendo caido en desmayo, trató de favorecer á los suyos, y de nuevo y con ventaja acometió á la francesa. Dupont, teniendo que enviar una brigada al socorro de su gente, no prosiguió el alcance contra los infantes españoles, los que, retirándose con orden, sólo perdieron un cañon, cuya cureña se habia descompuesto. El reencuentro duró dos horas, costó á los franceses 200 hombres, no más á los españoles por haberse retirado tranquilamente. Echavarrí, juzgando que no era posible defender á Córdoba, abandonó la ciudad sin detenerse en sus muros.

Llegaron á su vista los franceses á las tres de la tarde del mismo dia 7

de Junio. Habian los vecinos cerrado las puertas, más bien para capitular que para defenderse. Entabláronse sobre ello pláticas, cuando, con pretexto de unos tiros disparados de las torres del muro y de una casa inmediata, apuntaron los enemigos sus cañones contra la Puerta-Nueva, hundiéndola á poco rato y sin grande esfuerzo. Metiéronse, pues, dentro, hiriendo, matando y persiguiendo á cuantos encontraban; saquearon las casas y los templos, y hasta el humilde asilo del pobre y desvalido habitante. La célebre catedral, la antigua mezquita de los árabes, rival en su tiempo en santidad de Medina y la Meca, y tan superior en magnificencia, esplendidez y riqueza, fué presa de la insaciable y destructora rapacidad del extranjero. Destruídos quedaron entónces los conventos del Cármen, San Juan de Dios y Terceros, sirviéndoles de infame lupanar la iglesia de Fuensanta y otros sitios no ménos reverenciados de los naturales. Grande fué el destrozo de Córdoba, muchas las preciosidades robadas en su recinto. Ciudad de 40.000 almas, opulenta de suyo y con templos en que habia acumulado mucha plata y joyas la devocion de los fieles, fué gran cebo á la codicia de los invasores. De los solos depósitos de tesorería y consolidacion sacó el general Dupont más de 10.000.000 de reales, sin contar con otros muchos de arcas públicas y robos hechos á particulares. Así se entregó al pillaje una poblacion que no habia ofrecido ni intentado resistencia. Bajo fingidos motivos, á fuego y sangre penetraron los franceses por sus calles, y á la misma sazón que se conferenciaba. Y no satisfechos con la ruina y desolacion causada, acabaron de oprimir á los desdichados moradores gravándolos con imposiciones muy pesadas. Mas tan injusto y cruel trato alcanzó en breve el merecido galardón; siendo quizá la principal causa de la pérdida posterior del ejército de Dupont el codicioso anhelo de conservar los bienes mal adquiridos en el saco de aquella ciudad.

A pesar del triunfo conseguido, el general frances andaba inquieto. Sus fuerzas no eran numerosas. La insurreccion por todas partes le cercaba; con instancia pedia auxilios á Madrid, cuyas comunicaciones, ya ántes interrumpidas, fueron á lo último del todo cortadas. A su propia retaguardia, el 9 de Junio, partidas de paisanos entraron en Andújar, y alborotada por la noche la ciudad, hicieron prisionero el destacamento frances allí apostado, y mataron al comandante, con otros tres de su guardia, que quisieron resistirse en casa de D. Juan de Salazar. Molestó, sobre todo, al enemigo D. Juan de la Torre, alcalde de Montero, que á sus expensas habia levantado un cuerpo considerable; mas, cogido por sorpresa, debió la vida á la generosa intercesion del general Fresa, á quien habia ántes hospedado y obsequiado en su casa. En el Puer-

to del Rey apresaron los naturales al abrigo de aquellas fraguras varios convoyes; y como en la comarca se habia esparcido la voz de lo acaecido en Córdoba, hubo ocasion en que, so color de desquite, se ensañó el paisanaje contra los prisioneros con exquisita crueldad. Fué una de sus víctimas el general René, á quien cogieron y mataron estando ántes herido: lamentable suceso, pero desgraciadamente inevitable consecuencia de los desmanes cometidos en Córdoba y otros parajes por el extranjero. Pues si, en efecto, era difícil contener en una guerra de aquella clase al soldado de una nacion culta como la Francia y sometido á la dura disciplina militar, ¿cuánto no debia serlo reprimir los excesos del cultivador español, que, ciego en su venganza y sin freno que le contuviese, veia talados sus campos y quemados los pacíficos hogares de sus antepasados por los mismos que poco ántes preciábanse de ser amigos! Habia corrido el alboroto de la Sierra hasta la Mancha, y el 5 de Junio los vecinos de Santa Cruz de Mudela, arremetiendo á unos 400 franceses que habia en el pueblo y matando á muchos, obligaron á los demas á fugarse camino de Valdepeñas. En esta villa opusieronse los naturales al paso de los enemigos, y éstos, para esquivar un duro choque, echando por fuera de la poblacion, tomaron despues el camino real, aguardando á un cuarto de legua, en el sitio apellidado de la Aguzadera, á ser reforzados. No tardó, en efecto, en llegar en el mismo dia, que era el 6 de Junio, el general Liger-Belair, procedente de Manzanares, con 600 caballos, é incorporados todos, revolviéron sobre Valdepeñas.

Los moradores de esta villa, alentados con la anterior retirada de los franceses, y temiendo tambien que quisiesen vengar aquella ofensa, resolvieron impedir la entrada. Es Valdepeñas poblacion rica, de 3.000 vecinos, asentada en los llanos de la Mancha, y á la que dan celebridad sus afamados vinos. Atraviésala por medio la calle llamada Real, tránsito de los que viajan de Castilla á Andalucía, y la cual tiene de largo cerca de un cuarto de legua. Aprovechándose de su extension, dispusieronla los habitantes de modo que en ella se entorpeciese la marcha de los franceses. La cubrieron con arena, esparciendo debajo clavos y agudos hierros; de trecho en trecho y disimuladamente ataron maromas á las rejas, cerraron y atrancaron las puertas de las casas, y embarazaron las callejuelas que salian á la principal avenida. No contentos con resistir detras de las paredes, osaron, en número de más de 1.000, ponerse en fila á la orilla del pueblo. Pero viendo lo numeroso de la caballería enemiga, despues de algun tiroteo se agacharon en lo interior, pertrechados de armas y medios ofensivos.

Los franceses al aproximarse enviaron por delante una descubierta, la cual, segun su costumbre, con paso acelerado se adelantó al pueblo. Penetró, y muy luego los caballos, tropezando y cayendo unos sobre otros, miserablemente arrojaron á los jinetes. Entónces de todas partes llovieron sobre los derribados tiros, pedradas, ladrillazos, atormentando tambien sus carnes con agua y aceite hirviendo. Quisieron otros proteger á los primeros, y cúpoles igual y malhadado fin. Irritado Liger-Belair con aquel contratiempo, entró la villa por los costados, incendiando las casas y destrozándolas. Pasaron de 80 las que se quemaron, y muchas personas fueron degolladas hasta en los campos y las cuevas. Habian los enemigos perdido ya más de 100 hombres, al paso que la villa se arruinaba y se hundia. Conmovidos de ello y recelosos de su propia suerte varios vecinos principales, resolvieron, yendo á su cabeza el alcalde mayor D. Francisco María Osorio, avistarse con el general Liger-Belair, quien, temeroso tambien de la ruina de los suyos, escuchó las proposiciones, convino en ellas, y saliendo todos juntos con una divisa blanca, pusieron de consuno término á la matanza. Mas la contienda habia sido tan reñida, que los franceses, escarmentados, no se atrevieron á ir adelante, y juzgaron prudente retroceder á Madridejos.

Dupont, aislado, sin noticia de lo que á la otra parte de los montes pasaba, aturdido con lo que de cerca veia, pensó en retirarse; y el 16 de Junio, saliendo por la tarde de Córdoba, se encaminó á Andújar, en donde tomó posicion el 19. Desde aquel punto, con objeto de abastecer á su gente, y deseoso de no abandonar el terreno sin castigar á Jaen, á la cual se achacaba haber participado del alboroto y muerte del comandante frances de Andújar, envió allí el 20 al oficial Baste con la suficiente fuerza. Entraron los enemigos en la ciudad sin hallar oposicion, y con todo la pillaron y maltrataron horrorosamente. Degollaron hasta niños y viejos, ejerciendo acerbas crueldades contra religiosos enfermos de los conventos de Santo Domingo y de San Agustin: tal fué el último, notable y fiero hecho cometido por los franceses en Andalucía ántes de rendirse á las huestes españolas.

Casi al propio tiempo determinó Murat enviar tambien una expedicion contra Valencia. Mandábala el mariscal Moncey, y se componia de 8.000 hombres de tropa francesa, á los que debian reunirse guardias españolas, walonas y de Corps. Mas todos estos en su mayor parte se desbandaron, pasando por atajos y trochas del lado de sus compatriotas. Moncey salió de Madrid el 4 de Junio, y llegó á Cuenca el 11. Deteniéndose algunos dias, disgustóse Murat, y despachó para aguijarle al gene-

ral de caballería Excelmans con otros muchos oficiales, quienes, arrestados en Saelices y conducidos prisioneros á Valencia, terminaron su comision de un modo muy diverso del que esperaban. En Cuenca fueron recibidos los franceses con tibieza, mas no hostilmente. Prosiguiendo su marcha, hallaron por lo general los pueblos desamparados, pronóstico que vaticinaba la resistencia con que iban á tropezar.

La Junta de Valencia habia en tanto adoptado las medidas vigorosas de defensa que la premura del tiempo le permitia. Recrecióronse al oír que Moncey se aproximaba del lado de Cuenca, y se dieron nuevas órdenes é instrucciones al mariscal de campo D. Pedro Adorno, á cuyo mando, como ya dijimos, se habian confiado las tropas apostadas en los desfiladeros de las Cabrillas, adonde el enemigo se dirigia. Lo más de la gente era nueva é indisciplinada, y por eso convenia aprovecharse de las ventajas que ofreciese el terreno. Tratóse, pues, de disputar primeramente á los franceses el paso del Cabriel, en el puente Pajazo, en donde remata la cuesta de Contreras, y en cuya cabeza construyeron los españoles una mala batería de cuatro cañones, sostenida por un trozo de un regimiento suizo, colocándose la otra tropa en diferentes puntos de dicha cuesta. Detuviéronse los franceses, hasta que á duras penas por los malos senderos y escabrosidades acercaron casi á la rastra unos cañones. Con su auxilio, el 20 rompieron el fuego, y vadeando unos el rio, y otros acometiendo de frente, se apoderaron de la batería española, habiendo habido muchos de los suizos que se les pasaron. Los nuevos reclutas, que nunca habian sido fogueados, abandonados por aquellos veteranos, no tardaron en dispersarse, replegándose parte de ellos, con algunos soldados españoles, á las Cabrillas.

Cundió la nueva de la derrota; súpola la Junta de Valencia, y grande fué la consternacion y el sobresalto. En tamaño apuro, envió al ejército en comision á su vocal el padre Rico, ó ya quisiesen vengarse así algunos del estrecho en que los habia metido, ó ya tambien porque, gozando de suma popularidad, pensaron otros que era aquél el modo más propio de calmar la pública agitacion y alejar la desconfianza. Obedeció Rico, y el 23 por la noche llegó á las Cabrillas, ocho leguas de Valencia, y cuyos montes parten término con Castilla. Habíanse recogido á sus cumbres los dispersos del Cabriel, y allí se encontró el padre Rico con 180 hombres del regimiento de Saboya, mandados por el capitán Gamindez, con tres cuerpos de nueva creacion, algunos caballos y artilleros, que habian conservado dos cañones y un obus, componiendo en todo cerca de 3.000 hombres. Eran contados los oficiales veteranos, siendo el de

mayor graduacion el brigadier Marimon, de guardias españolas. Ignorábase el paradero de Adorno. Reunidas todas aquellas reliquias, se colocaron en situacion ventajosa á espaldas y á legua y media del pueblo de Siete-Aguas, hasta cuyas casas enviaban sus descubiertas. Gamindez mandó el centro, la izquierda Marimon, y colocáronse guerrillas sueltas por la derecha. El 24 avanzaron los franceses, y los nuestros, favorecidos de tierra tan quebrada, los molestaron bastantemente. Impacientado Moncey, destacó por su izquierda y del lado de la sierra de los Ajos al general Harispe con vascones acostumbrados á trepar por las asperezas del Pirineo. Encaramáronse, pues, á pesar de escabrosidades y derrumbaderos, y arrollando á las guerrillas, facilitaron el ataque de frente. Defendiéronse bien los de Saboya, quedando los más de ellos y los artilleros muertos junto á los cañones, y prisionero con otros su comandante Gamindez. Lo restante de la gente bisoña huyó precipitadamente. La pérdida de los españoles fué de 600 hombres, muy inferior la de los contrarios. El mariscal Moncey al instante traspasó la sierra por el portillo de las Cabrillas, desde donde registrándose las ricas y frondosas campiñas de la huerta de Valencia, se encendió la ansiosa codicia de sus fatigados soldados. Si entónces hubiera proseguido su marcha, fácilmente se hubiera enseñoreado de la ciudad; pero, obligado á detenerse el 25 en la venta de Buñol para aguardar la artillería, y queriendo adelantarse cautelosamente, dió tiempo á que Rico, volviendo á Valencia al rayar el alba de aquel mismo dia, apellidase guerra dentro de sus muros.

Está asentada Valencia á la derecha del Guadalaviar ó Turia; 100.000 almas forman su oblacion, excediendo de 60.000 las que habitan en los lugarejos, casas de campo y alquerías de sus deliciosas vegas. Ceñida de un muro antiguo de mampostería con una mala ciudadela, no podia ofrecer al enemigo larga y ordenada resistencia si militarmente hubiera de haberse considerado su defensa. Mas á la voz de la desgracia de las Cabrillas, en lugar de abatirse, creciendo el entusiasmo al más subido punto, tomó la Junta activas providencias, y los moradores, no sólo las ejecutaron debidamente, sino que tambien por sí procedieron á dar á los trabajos la amplitud y perfeccion que permitia la brevedad del tiempo. Sin distincion de clase ni de sexo acudieron todos á trabajar en las fortificaciones que se levantaban. En el corto espacio de sesenta horas construyéronse en las puertas baterías con sacos de tierra. En la de Cuarte, como era por donde se aguardaba al enemigo, ademas de dos cañones de á veinte y cuatro, se colocó otro en el primer piso de la torre, abriéndose

una zanja ancha y profunda en medio de la calle del Arrabal, que embocaba la batería. A la derecha de esta puerta, y ántes de llegar á la de San José, entre el muro y el rio, se situaron cuatro cañones y dos obuses, impidiendo lo sólido del malecon que se abriese un foso. Dióse á esta obra el nombre de batería de Santa Catalina, del de una torre ántes demolida, y que ocupaba el mismo espacio. Lo expresamos por su importancia en la defensa. Dentro del recinto se cortaron y atajaron las calles, callejuelas y principales avenidas con carros, coches, vigas, calesas y tartanas. Tapáronse las entradas y ventanas de las casas con colchones, mesas, sillas y todo género de muebles, cubriendo por el mismo término y cuidadosamente lo alto de las azoteas ó terrados. Detras de semejantes y tan repentinos atrincheramientos estaban preparados sus dueños con armas arrojadas y de fuego, y áun hubo mujeres que no olvidaron el aceite hirviendo. Afanados todos, mutuamente se animaban, habiendo resuelto defender heroicamente sus hogares.

La Junta ademas, para dilatar el que los franceses se acercasen, trató de formar un campo avanzado á la salida del pueblo de Cuarte, distante una legua de Valencia. Le componian cuerpos de nueva formacion, y se habia puesto á las órdenes de D. Felipe Saint-March. Situóse la gente en la ermita de San Onofre, á orillas del canal de regadío que atraviesa el camino que va á las Cabrillas. Entre tanto D. José Caro, nombrado brigadier al principio de la insurreccion, y que mandaba una division de paisanos en el ejército de Cervellon, apostado, segun dijimos, en Almansa, corrió apresuradamente al socorro de la capital luégo que supo el progreso del enemigo. A su llegada se unió á Saint-March, y juntos dispusieron el modo de contener al mariscal frances. Emboscaron al efecto en los algarrobales, viñedos y olivares que pueblan aquellos contornos, tiradores diestros y esforzados. El cuerpo principal se colocó á espaldas de una batería que enfilaba el camino hondo, por donde era de creer arremetiese la caballería enemiga, y cuyo puente se habia cortado. Como los generales habian previsto que al fin tendrian que ceder á la superioridad y pericia francesa, deseosos de que su retirada no causara terror en Valencia, habian pensado, Caro en tirar por la izquierda, y Saint-March pasar el rio por la derecha y situarse en el collado del almacén de pólvora. Pero para verificar, llegado el caso, su movimiento con órden, y evitar que dispersos fueran á la ciudad, establecieron á su retaguardia una segunda línea en el pueblo de Cuarte, rompiendo el camino y guarneciendo las casas para su defensa.

Á las once de la mañana del dia 27 empezó el fuego, duró hasta las

tres, siendo muy vivo durante dos horas. Al fin los franceses cruzaron el canal y forzaron la primera línea. Caro y Saint-March se retiraron, según habían convenido. Los franceses, vencedores, iban á perseguirlos, cuando notaron que desde el pueblo de Cuarte se les hacia fuego. Molestados tambien por el continuado de los paisanos metidos en los cañamares de dicho pueblo, no pudieron entrarle hasta las seis de la tarde, huyendo los vecinos al amparo de las acequias, cañaverales y moreras que cubren sus campos. La pérdida fué considerable de ambas partes; la artillería quedó en poder de los franceses.

Avanzó entónces Moncey hasta el huerto de Juliá, media legua de Valencia. Por la noche pasó al capitán general, Conde de la Conquista, un oficio para que rindiese la plaza. Fué portador el coronel Solano. Congregóse la Junta, á la que se unieron para deliberar en asunto tan espinoso, el Ayuntamiento, la nobleza é individuos de todos los gremios. El de la Conquista inclinábase á la entrega, viendo cuán imposible sería resistir con gente allegadiza, y en ciudad, por decirlo así, abierta á enemigos aguerridos. Sostuvo la misma opinion el emisario Solano, y en tanto grado, que se esforzó en probar no habia nada que temer lo pasado, así por la condicion suave y noble del mariscal frances, como tambien por los vínculos particulares que le enlazaban con los valencianos; lo cual aludia á conocerse en aquel reino familias del nombre de Moncey, y haber quien le conceptuára oriundo de la tierra. Así se discurria acerca de la proposicion, cuando el pueblo, advertido de que se negociaba, desaforadamente se agolpó á la sala de sesiones de la Junta. Atemorizados los que en su seno buscaban la rendicion, y alentados los de la parcialidad opuesta, no se titubeó en desechar la demanda del enemigo; y puestos todos sus individuos al frente del mismo pueblo, recorrieron la línea animando y exhortando á la pelea. Con la oportuna resolucion se embraveció tanto la gente, que ya no hubo otra voz que la de vencer ó morir.

El 28, á las once de la mañana, se rompió el fuego. Como Moncey era dueño de casi todo el arrabal de Cuarte, le fué fácil ordenar sus batallones detras del convento de San Sebastian. A su abrigo, dirigieron los enemigos sus cañones contra la puerta de Cuarte y batería de Santa Catalina. Tres veces atacaron con el mayor ímpetu del lado de la primera, y otras tantas fueron rechazados. Mandaba la batería española con mucho acierto el capitán D. José Ruiz de Alcalá, y el puesto los coroneles Baron de Petrés y D. Bartolomé de Georget. Los enemigos no perdieron medio de flanquear á los nuestros por derecha é izquierda, pero de un costado se lo estorbaron los fuegos de Santa Catalina, y del otro

el graneado de fusilería que desde la muralla hacian los habitantes. El entusiasmo de los defensores tocaba en frenesí cada vez que el enemigo huia, pero siempre se mantuvo el mejor orden. Temióse por un rato carecer de metralla, y sin tardanza, de las casas inmediatas se arrancaron rejas, se enviaron barras y otros utensilios de hierro, que cortados en menudos pedazos, pudieron suplir aquella falta, acudiendo á porfía las señoras de la clase más elevada á coser los saquillos de la recién fabricada metralla. Con tal ejemplo, ¿qué brazo varonil hubiera cedido el paso al enemigo? El Capitan general, los magistrados y áun el Arzobispo aparecianse á veces en medio de aquel importante puesto, dando brío con su presencia á los ménos esforzados.

Moncey, tratando de variar su ataque, recogió sus soldados á la cruz de Mislata, y acometió, despues de un respiro, la batería de Santa Catalina, á la derecha, como dijimos, de la de Cuarte. Era comandante del puesto el coronel D. Firmo Vallés, y de la batería D. Manuel de Velasco y D. José Soler. Dos veces y con gran furia embistieron los franceses. La primera cieron, abrasados por el fuego de cañon y el que por su flanco izquierdo les hacia la fusilería; y la segunda huyeron atropelladamente, sin que los contuviesen las exhortaciones de sus jefes. No por eso cedió Moncey, y fingiendo querer atacar el muro por donde mira á la plazuela del Carbon, emprendió nueva acometida contra la batería de Santa Catalina. ¡Vano empeño! Sus soldados repelidos, dejaron el suelo empapado en su sangre. Distinguióse allí el oficial D. Santiago O'Lalor, asesinado alevemente en el propio dia por mano desconocida.

Los franceses, perturbados con defensa tan inesperada y recia, trataron de dar una última embestida á la ciudad. Eran las cinco de la tarde, cuando avanzando Moncey con el grueso de su ejército hácia la puerta de Cuarte, hizo marchar una columna por el convento de Jesus para atacar la de San Vicente, situada á la izquierda de la primera, y confiada al cuidado del coronel D. Bruno Barrera, bajo cuyas órdenes dirigian la artillería los oficiales don Francisco Cano y D. Luis Almela. Considerábase aquella parte del muro la más flaca, mayormente su centro, en donde está colocada, en medio de las otras dos, la puerta tapiada de Santa Lucía, antiguamente dicha de la Boatella. Empezóse el ataque, y los españoles apuntaron con tal acierto sus cañones, que lograron desmontar los de los enemigos, y desalojarlos del punto que ocupaban con notable mantanza. Desde aquella hora, que era ya la de las ocho de la noche, cesó el fuego en ambas líneas. Durante los diversos ataques arrojaron los franceses á la ciudad granadas, que no causaron daño.

El P. Rico anduvo constantemente por los parajes de mayor riesgo, y coadyuvó grandemente á la defensa con su energía y brioso porte. Fué imperturbable en su valor Juan Bautista Moreno, que sin fusil y con la espada en la mano alentaba á sus compañeros, y tomó á su cargo abrir y cerrar las puertas, sin reparar en el peligro que á cada paso le amenazaba. Más sublime ejemplo dió aún con su conducta Miguel García, mesonero de la calle de San Vicente, quien hizo, solo, á caballo, cinco salidas, y sacando en cada una de ellas 40 cartuchos, los empleaba, como diestro tirador, atinadamente. Hechos son éstos dignos de la recordacion histórica, y no deben desdeñarse aunque vengan de humilde lugar. Al contrario, conviene repetirlos y grabarlos en la memoria de los buenos ciudadanos, para que sean imitados en aquellos casos en que peligre la independencia de la patria.

La resistencia de Valencia, aunque de corta duracion, tuvo visos de maravillosa. No tenía soldados que la defendiesen, habiendo salido á diversos puntos los que ántes la guarnecian, ni otros jefes entendidos sino oficiales subalternos, que guiaron el desnudo de los paisanos. Los franceses perdieron más de 2.000 hombres, y entre ellos al general de ingenieros Cazal con otros oficiales superiores. Los españoles, resguardados detras de los muros y baterías, tuvieron que llorar pocos de sus compatriotas, y ninguno de cuenta.

Al amanecer del 29, D. Pedro Túpper, puesto de vigía en el miguelete ó torre de la catedral, avisó que los enemigos daban indicio de retirarse. Apenas se creia tan plausible nueva; mas bien pronto todos se cercioraron de ello, viendo marchar al enemigo por Torrente para tomar la calzada que va á Almansa. La alegría fué colmada, y esperábase que el Conde de Cervellon acabaria en el camino de destruir al mariscal Monecy, ó por lo ménos le molestaria y picaria por todos lados. Muy léjos estaba de obrar conforme al comun deseo. El general español habia venido á Alcira cuando supo el paso de los franceses por las Cabrillas y su marcha sobre Valencia. Allí permaneció tranquilo, y no trató de disputar á Monecy el paso del Júcar, despues de su derrota delante de los muros de la capital. Tachósele de remiso, principalmente porque habiendo consultado á los oficiales superiores sobre el rumbo que en tal oportunidad convendria seguir, opinaron todos que se impidiese á los franceses cruzar el rio; no abrazó su dictámen, fundándose en lo indisciplinados que todavía estaban sus soldados: prudencia quizá laudable, pero amargamente censurada en aquellos tiempos.

Perjudicó tambien á su fama, y aún en el concepto de los juiciosos, la

contraposición que con la suya formó la conducta de D. Pedro Gonzalez de Llamas y la de D. José Caro. A éste le hemos visto acudir al socorro de Valencia, y si bien no con feliz éxito, por lo ménos retardó con su movimiento el progreso del enemigo, lo cual fué de suma utilidad para que se preparasen los vecinos de la ciudad á una notable y afortunada resistencia. El general Llamas, que de Murcia se había acercado al puerto de Almansa, noticioso por su parte de que los franceses iban á embestir á Valencia, había avanzado rápidamente y colocádose á la espalda en Chiva, cortándoles así sus comunicaciones con el camino de Cuenca. Y despues, obedeciendo las órdenes de la junta provincial, hostigó al enemigo hasta el Júcar, en donde se paró, asombrado de que Cervellon hubiese permanecido inactivo. Prodigáronse, pues, alabanzas á Llamas, y achacóse á Cervellon la culpa de no haber derrotado al ejército de Moncey ántes de la salida del territorio valenciano. Como quiera que fuese, costóle al fin el mando tal modo de comportarse, graduado por los más de reprehensible timidez. Moncey prosiguió su retirada, incomodado por el paisanaje, y á punto que no osaba desviarse del camino real. Pasó el 2 de Julio el puerto de Almansa, y en Albacete hizo alto y dió descanso á sus fatigadas tropas.

Entre tanto no sabía el gobierno de Madrid cuál partido le convenía abrazar. Notaba con desconsuelo burladas sus esperanzas, no habiendo reprimido prontamente la insurrección de las provincias con las expediciones enviadas al intento. Temia tambien que las tropas desparramadas por diversos y lejanos puntos, y molestadas sin gozar un instante de sosiego, no acabasen por perder la disciplina. Mucho contribuyó á su desconcierto la enfermedad grave de que fue acometido el gran Duque de Berg en los primeros días de Junio, con lo cual se hallaron los individuos de la Junta faltos de un centro principal que diera union y fuerza. Hubo entre los suyos quien le creyó envenenado, y entre los españoles no faltó tambien quien atribuyera su mal á castigo del cielo por las tropelías y asesinatos del 2 de Mayo. Los ociosos y lenguaraces buscaban el principio en un origen impuro, dando lugar á sus sueltas palabras los deslizos de que no estaba exento el Duque. Mas la verdadera enfermedad de éste era uno de aquellos cólicos por desgracia harto comunes en la capital del reino, y que por serlo tanto los ha distinguido en una disertación el docto Luzuriaga con el nombre de cólicos de Madrid. Agregáronse unas tercianas tan pertinaces y recias, que descaeciendo su espíritu y su cuerpo, tuvo que conformarse con el dictámen de los facultativos de trasladarse á Francia y tomar las aguas termales de Barèges. Provocó

tambien á sospecha de emponzoñamiento el haber amalado muchos de los soldados franceses, y muerto algunos con síntomas de índole dudosa. Para serenar los ánimos, el Baron Larrey, primer cirujano del ejército invasor, examinó los alimentos, y el boticario mayor del mismo, Mr. Laubert, analizó detenidamente el vino que se les vendía en várias tabernas y bodegones de dentro y fuera de Madrid. Nada se descubrió de nocivo en el líquido, solamente á veces habia con él mezcladas algunas sustancias narcóticas más ó ménos excitativas, como el agua de laurel y el pimiento, que para dar fuerza suelen los vinateros y vendedores añadir al vino de la Mancha, á semejanza del óxido de plomo, ó sea litargirio, que se emplea en algunos de Francia para corregir su acedía. La mixtion no causaba molestia á los españoles por la costumbre, y sobre todo por su mayor sobriedad; dañó extremadamente á los franceses, no habituados á aquella bebida, y que abusaban en sumo grado de los vinos fuertes y licorosos de nuestro terruño. El exámen y declaracion de Larrey y Laubert tranquilizó á los franceses, recelosos de cualquiera asechanza de parte de un pueblo gravemente ofendido; pero el de España con dificultad hubiera recurrido para su venganza á un medio que no le era usual, cuando tantos otros justos y nobles se le presentaban.

En lugar de Murat envió Napoleon á Madrid al general Savary, el que llegó el 15 de Junio. No agradó la eleccion á los franceses, habiendo en su ejército muchos que por su graduacion y militar renombre reputábanse como muy superiores. Asimismo en el concepto de algunos menoscababa la estimacion de la persona escogida al haber sido con frecuencia empleada en comisiones más propias de un agente de policífa que de quien habia servido en la carrera honorífica de las armas. No era tampoco entre los españoles juzgado Savary con más ventaja, porque habiendo sido el celador asiduo del viaje de Fernando, coadyuvó con palabras engañosas á arrastrarle á Bayona. Sin embargo, su nombre no era ni tan conocido ni odiado como el de Murat; además llegó en sazón en que muy poco se curaban en las provincias de lo que se hacia ó deshacia en Madrid. Asuntos inmediatos y de mayor cuantía embargaban toda la atencion.

El encargo confiado á Savary era nuevo y extraño en su forma. Autorizado con iguales facultades que el lugarteniente Murat, no le era lícito poner su firma en resolucion alguna. Al general Belliard tocaba con la suya legalizarlas. El uno leía las cartas, oficios é informes dirigidos al lugarteniente; respondía, determinaba: el otro ceñíase, á manera de una estampilla viva, á firmar lo que le era prescrito. Los decretos se encabe-

zaban á nombre del gran Duque, como si estuviese presente ó hubiese dejado sus poderes á Savary, y éste, disponiendo en todo soberanamente, incomodaba á varios de los otros jefes, que se consideraban desairados.

Para mostrar que él era la suprema cabeza, á su llegada se alojó en palacio, y tomó sin tardanza providencias acomodadas al caso. Prosiguió las fortificaciones del Retiro, y construyó un reducto alrededor de la fábrica Real de porcelana allí establecida, y á que dan el nombre de casa de la China, en donde almacenó las vituallas y municiones de guerra. Pensó despues en sostener los ejércitos esparcidos por las provincias. Tal habia sido la órden verbal de Napoleon, quien juzgaba «ser lo más importante ocupar muchos puntos, á fin de derramar por todas partes las novedades que habia querido introducir.....» Conforme á ella, é incierto de la suerte de Dupont, cuya correspondencia estaba cortada, resolvió Savary reforzarle con las tropas mandadas por el general Vedel, que se hallaban en Toledo. Ascendía á 6.000 infantes y 700 caballos con 12 cañones. El 19 de Junio salieron de aquella ciudad, juntándoseles en el camino los generales Roize y Liger Belair con sus destacamentos, los cuales hemos visto fueron compelidos á recogerse á Madridejos por la insurreccion general de la Mancha.

Los franceses por todas partes se encontraban con pueblos solitarios, incomodándoles á menudo los tiros del paisanaje oculto detras de los crecidos panes, y ¡ay de aquellos que se quedaban rezagados! No obstante, asomaron sin notable contratiempo á Despeñaperros en la mañana del 26 de Junio. La posicion estaba ocupada por el teniente coronel español D. Pedro de Valdecañas, empleado ántes en la persecucion de contrabandistas por aquellas sierras, y ahora apostado allí con objeto de que, colocándose á la retaguardia de Dupont, le interceptase la correspondencia é impidiese el paso de los socorros que de Madrid le llegasen. Habia atajado el camino en lo más estrecho con troncos, ramas y peñascos, desmoronándole del lado del despeñadero, y situando detras seis cañones. Paisanos los más de su tropa, y él mismo poco práctico en aquella clase de guerra, desaprovechó la superioridad que le daba el terreno. Cedieron luégo los nuestros al ataque bien concertado de los franceses, perdieron la artillería, y Vedel prosiguió sin embarazo á la Carolina, en cuya ciudad se le incorporó un trozo de gente que le enviaba Dupont, á las órdenes del oficial Baste, el saqueador de Jaen. Llevada, pues, á feliz término la expedicion, creyó Vedel conveniente enviar atrás alguna tropa para reforzar ciertos puntos que eran importantes y conservar abierta la comunicacion. Por lo demas, bien que pareciesen cumpli-

dos los deseos del enemigo en la union de Vedel y Dupont, pudiendo no sólo corresponder libremente con Madrid, mas aún hacer rostro á los españoles y desbaratar sus mal formadas huestes, no tardaríamos en ver cuán de otra manera de lo que esperaban remataron las cosas.

Aquejábale igualmente á Savary el cuidado de Moncey, cuya suerte ignoraba. Despues de haberse adelantado este mariscal más allá de la provincia de Cuenca, habian sido interrumpidas sus comunicaciones, hechos prisioneros soldados suyos sueltos y descarriados, y aún algunas partidas. Juntándose, pues, número considerable de paisanos, alentados con aquellos que calificaban de triunfos, fué necesario pensar en dispersarlos. Con este objeto se ordenó al general Caulincourt, apostado en Tarancon, que marchase con una brigada sobre Cuenca. Dió vista á la ciudad el 3 de Julio, y una gavilla de hombres desgovernada le hizo fuego en las cercanías á bulto y por corto espacio. Bastó semejante demostracion para entregar á un horroroso saco aquella desdichada ciudad. Hubo regidores é individuos del Cabildo eclesiástico, que, saliendo con bandera blanca, quisieron implorar la merced del enemigo; mas resuelto éste al pillaje, sin atenderá la señal de paz, los forzó á huir, recibéndolos á cañonazos. Espantáronse á su ruido los vecinos, y casi todos se fugaron, quedando solamente los ancianos y enfermos y cinco comunidades religiosas. No perdonaron los contrarios casa ni templo que no allanasen y profanasen. No hubo mujer, por enferma ó decrépita, que se libertase de su brutal furor. Al venerable sacerdote D. Antonio Lorenzo de Urban, de edad de ochenta y tres años, ejemplar por sus virtudes, le traspasaron de crueles heridas, despues de recibir de sus propias manos el escaso peculio que todavía su ardiente caridad no había repartido á los pobres. Al franciscano el P. Gaspar Navarro, tambien octogenario, atormentáronle crudamente para que confesase dinero que no tenía. Otras y no ménos crueles, bárbaras y atroces acciones mancharon el nombre frances en el no merecido saco de Cuenca.

No satisfecho Savary con el refuerzo que se enviaba á Moncey al mando de Caulincourt, despachó otro nuevo á las órdenes del general Frere, el mismo que ántes habia ido á apaciguar á Segovia. Llegó éste á Requena el 5 de Julio, donde, noticioso de que Moncey se retiraba del lado de Almansa, y de estar guardadas las Cabrillas por el general español Llamas, revolvió sobre San Clemente y se unió con el mariscal. Poco despues, informado Savary de haberse puesto en cobro las reliquias de la expedicion de Valencia, y deseoso de engrosar su fuerza en derredor suyo, mandó á Caulincourt y á Frere que se restituyesen á Madrid; con

lo que enflaquecido el cuerpo de Moncey, y quizá ofendido éste de que un oficial inferior en graduacion y respetos pudiese disponer de la gente que debía obedecerle, desistió de toda empresa ulterior, y se replegó á las orillas del Tajo.

Los franceses, que esparcidos no habian conseguido las esperadas ventajas, comenzaron á pensar en mudar de plan, y reconcentrar más sus fuerzas. Napoleon, sin embargo, tenaz en sus propósitos, insistia en que Dupont permaneciese en Andalucía, al paso que mereció su desaprobacion el que le enviasen continuados refuerzos. Savary, inmediato al teatro de los acontecimientos, y fiado en el favor de que gozaba, tomó sobre sí obrar por rumbo opuesto, é indicó á Dupont la conveniencia de desamparar las provincias que ocupaba. Para que con más desembarazo pudiera este jefe efectuar el movimiento retrógrado, dirigió aquél sobre Manzanares al general Gobert con su division, en la que estaba la brigada de coraceros que habia en España. Mas Dupont, ya fuese temor de su posicion, ó ya deseos de conservarse en Andalucía, ordenó á Gobert que se le incorporase, y éste se sometió á dicho mandato despues de dejar un batallon en Manzanares y otro en el Puerto del Rey.

Tan discordes andaban unos y otros, como acontece en tiempos borrascosos, estando sólo conformes y empeñados en aumentar fuerzas hácia el Mediodía. Y al mismo tiempo el punto que más urgia auxiliar, que era el de Bessières, amenazado por las tropas de Galicia, Leon y Astúrias, quedaba sin ser socorrido. Claro era que una ventaja conseguida por los españoles de aquel lado comprometeria la suerte de los franceses en toda la Península, interrumpiria sus comunicaciones con la frontera, y los dejaria á ellos mismos en la imposibilidad de retirarse. Pues á pesar de reflexion tan obvia, desatendióse á Bessières, y sólo tarde y con una brigada de infantería y 300 caballos se acudió de Madrid en su auxilio. Felizmente para el enemigo, la fortuna le fué allí más favorable, merced á la impericia de ciertos jefes españoles.

Despues de la batalla de Cabezon se habia retirado á Benavente el general Cuesta. Recogió dispersos, prosiguió los alistamientos, y se le juntaron el cuerpo de estudiantes de Leon y el de Covadonga de Astúrias. Diéronse en aquel punto las primeras lecciones de táctica á los nuevos reclutas, se los dividió en batallones, que llamaron tercios, y esmeróse en instruirlos D. José de Zayas. De esta gente se componia la infantería de Cuesta, limitándose la caballería al regimiento de la Reina y guardias de Corps que estuvieron en Cabezon, y al escuadron de carabineros, que ántes habia pasado á Astúrias. Era ejército endeble para sa-

lir con él á campaña, si las tropas de la última provincia y las de Galicia no obraban al propio tiempo y mancomunadamente. Por lo cual con instancia pidió el general Cuesta que avanzasen y se le reuniesen. La Junta de Astúrias, propensa á condescender con sus ruegos, fué detenida por las oportunas reflexiones de su presidente el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, manifestando en ellas que, lejos de acceder, se debía exhortar al Capitan general de Castilla á abandonar sus llanos y ponerse al abrigo de las montañas; pues no teniendo soldados ni unos ni otros, sino hombres, infaliblemente serian deshechos en descampado, y se apagaría el entusiasmo, que estaba tan encendido. Convencida la Junta de lo fundado de las razones del Marqués, acordó no desprenderse de su ejército, y sólo por halagar á la multitud consintió en que quedase unido á los castellanos el regimiento de Covadonga, compuesto de más de 1.000 hombres y mandado por D. Pedro Mendez de Vigo, y ademas que otros tantos bajasen á Leon del puerto de Leitariegos, á las órdenes del mariscal de campo Conde de Toreno, padre del autor.

Tambien encontró en Galicia la demanda de Cuesta graves dificultades. Habia sido el plan de Filangieri fortificar á Manzanal, y organizar allí y en otros puntos del Vierzo sus soldados, antes de aventurar accion alguna campal. Mas la Junta de Galicia, atenta á la quebrantada salud de aquel general y al desvío con que por extranjero le miraban algunos, relevándole del mando activo, le habia llamado á la Coruña, y nombrado en su lugar al cuartel maestre general D. Joaquin Blake. Púsose éste al frente del ejército el 21 de Junio, y perseguido Filangieri de adversa estrella, pereció, como hemos dicho, el 24. Persistió Blake en el plan anterior de adiestrar la tropa, esperando que con los cuerpos que habia en Galicia, los de Oporto y nuevos alistados conseguirla armar y disciplinar 40 mil hombres. La inquietud de los tiempos le impidió llevar su laudable propósito á cumplido efecto. Deseoso de examinar y reconocer por si la sierra y caminos de Fucebadon y Manzanal, habia salido de Villafranca, y pareciéndole conveniente tomar posicion en aquellas alturas, que forman una cordillera avanzada de la de Cebrero y Piedrafita, límite de Galicia, se situó allí, extendiendo su derecha hasta el monte Teleno, que mira á Sanabria, y su izquierda hácia el lado de Leon por la Cepeda. Así no solamente guarecia todas las entradas principales de Galicia, sino tambien disfrutaba de los auxilios que ofrecia el Vierzo. Empezaba, pues, á poner en planta su intento de ejercitar y organizar su gente, cuando el 28 de Junio se le presentó D. José de Zayas, rogándole, á nombre del general Cuesta, que con todo ó parte de su ejército avanza-

se á Castilla. Negóse Blake, y entónces pasó el comisionado á avistarse con la Junta de la Coruña, de quien aquél dependia. La desgracia ocurrida con Filangieri, el terror que infundió su muerte, las instancias de Cuesta y los deseos del vulgo, que casi siempre se gobiernan más bien por impulso ciego que por razon, lograron que triunfase el partido más pernicioso, habiéndose prevenido á Blake que se juntare con el ejército de Castilla en las llanuras. Poco ántes de haber recibido la orden redujo aquel general á cuatro divisiones las seis en que á principios de Junio se habia distribuido la fuerza de su mando, ascendiendo su número á 27.000 hombres de infantería, con más de 30 piezas de campaña y 150 caballos de distintos cuerpos. Tomó otras disposiciones con acierto y diligencia, y si al saber y práctica militar que le asistia se le hubiera agregado la conveniente fortaleza ó mayor influjo para contrarestar la opinion vulgar, hubiera al fin arreglado debidamente el ejército puesto á sus órdenes. Mas, oprimido bajo el peso de aquélla, tuvo que ceder á su impetuoso torrente, y pasar en los primeros dias de Julio á unirse en Benavente con el general Cuesta. Dejó sólo en Manzanal la segunda division, compuesta de cerca de 6.000 hombres, á las órdenes del mariscal de campo D. Rafael Martinengo, y en la Puebla de Sanabria un trozo de 1.000 hombres, á las del Marqués de Valladares, el que obró despues en Portugal de concierto con el ejército de aquella nacion. Llegado que fué á Benavente con las otras tres divisiones, dejó allí la tercera, al mando del brigadier D. Francisco Riquelme, sirviendo como de reserva y constando de 5.000 hombres. Púsose en movimiento camino de Rioseco con la primera y cuarta division, acaudilladas por el jefe de escuadra D. Felipe Jado Cagigal y el mariscal de campo Marqués de Portago; llevó ademas el batallon de voluntarios de Navarra, que pertenecia á la tercera. Se habia tambien arreglado para la marcha una vanguardia, que guiaba el Conde de Maceda, grande de España y coronel del regimiento de infantería de Zaragoza. Ascendía el número de esta fuerza á 15.000 hombres, la cual formaba, con la de Cuesta, un total de 22.000 combatientes. Contábanse entre unos y otros muchos paisanos vestidos todavía con su humilde y tosco traje, y no llegaban á 500 los jinetes. Reunidos ambos generales, tomó el mando el de Castilla, como más antiguo, si bien era muy inferior en número y calidad su tropa. No reinaba entre ellos la conveniente armonía. Repugnábanle á Blake muchas ideas de Cuesta, y ofendíase éste de que un general nuevamente promovido, y por una autoridad popular, pudiese ser obstáculo á sus planes. Pero el primero, por desgracia, sometiéndose á la superioridad que daban al de Castilla los

años, la costumbre del mando, y sobre todo, ser su dictámen el que con más gusto y entusiasmo abrazaba la muchedumbre, no se opuso, según hemos visto, á salir de Benavente, ni al tenaz propósito de ir al encuentro del enemigo por las llanuras que se extendian por el frente.

Noticiosos los franceses del intento de los españoles, quisieron adelantárseles, y el 9 salió de Búrgos el general Bessières. No estaban el 13 á larga distancia ambos ejércitos, y al amanecer del 14 de Julio se avistaron sus avanzadas en Palacios, legua y media distante de Rioseco. El de los franceses constaba de 12.000 infantes y más de 1.500 caballos; superior en número el de los españoles, era inferiorísimo en disciplina, pertrechos, y sobre todo en caballería, tan necesaria en aquel terreno, siendo de admirar que con ejército novel y desapercibido se atreviese Cuesta á arriesgar una accion campal.

La desunion que habia entre los generales españoles, si no del todo manifiesta todavía, y la condicion imperiosa y terca del de Castilla, impidieron que de antemano se tomasen mancomunadamente las convenientes disposiciones. Blake, en la tarde del 13, al aviso de que los franceses se acercaban, pasó desde Castromonte, en donde tenía su cuartel general, á Rioseco, en cuya ciudad estaba el de Cuesta, y juntos se contentaron con reconocer el camino que va á Valladolid, persuadido el último que por allí habian de atacar los franceses. A esto se limitaron las medidas préviamente combinadas.

Volviendo D. Joaquin Blake á su campo, preparó su gente, reconoció de nuevo el terreno, y á las dos de la madrugada del 14 situó sus divisiones en el paraje que le pareció más ventajoso, no esperando grande ayuda de la cooperacion de Cuesta. Empezó, sin embargo, éste á mover su tropa en la misma direccion á las cuatro de la mañana; pero de repente hizo parada, sabedor de que el enemigo avanzaba del lado de Palacios, á la izquierda del camino que de Rioseco va á Valladolid. Advertido Blake, tuvo tambien que mudar de rumbo y encaminarse á aquel punto. Ya se deja discurrir de cuánto daño debió de ser para alcanzar la victoria movimiento tan inesperado, teniendo que hacerse por paisanos y tropas bisoñas. Culpa fué grande del general de Castilla no estar mejor informado en un tiempo en que todos andaban solícitos en acechar voluntariamente los pasos del ejército frances. Cuesta, temiendo ser atacado, pidió auxilio al general Blake, quien le envió su cuarta division, al mando del Marqués de Portago, y se colocó él mismo, con la vanguardia, los voluntarios de Navarra y primera division, en la llanura que, á manera de mesa, forma lo alto de una loma puesta á la derecha del cami-

no que media entre Rioseco y Palacios, y á cuyo descampado llaman los naturales campos de Monclin. Constaba esta fuerza de 9.000 hombres. No era respetable la posicion escogida, siendo por varios puntos de acceso no difícil. Cuesta se situó detras, á la otra orilla del camino, dejando entre sus cuerpos y los de Blake un claro considerable. Mantúvose así apartado por haber creído, segun parece, que eran franceses los soldados del provincial de Leon, que se mostraron á lo léjos por su izquierda, y quizá tambien llevado de los celos que lo animaban contra el otro general, su compañero.

Al avanzar dudó un momento el mariscal Bessières si acometeria á los españoles, imaginándose que eran muy superiores en número á los suyos. Pero habiendo examinado de más cerca la extraña disposicion, por la cual quedaba un claro en tanto grado espacioso, que parecian las tropas de su frente más bien ejércitos distintos que separados trozos de uno mismo y solo, recordó lo que había pasado allá en Cabezon, y arremetiendo sin tardanza, resolvió interponerse entre Blake y Cuesta. Habia juzgado el frances que eran dos líneas diversas, y que la ignorancia é impericia de los jefes habia colocado á los soldados tan distantes unos de otros. Difícil era, por cierto, presumir que el interes de la patria, ó por lo ménos el honor militar, no hubiese acallado en un día de batalla mezquinas pasiones. Nosotros creemos que hubo de parte de Cuesta el deseo de campar por sí solo, y acudir al remedio de la derrota luégo que hubiese visto destrozado en parte, ó por lo menos muy comprometido, á su rival. No era dado á su ofendido orgullo descubrir lo arriesgado y áun temerario de tal empresa. De su lado Blake hubiera obrado con mayor prudencia si, conociendo la inflexible dureza de Cuesta, hubiese evitado exponerse á dar batalla con una parte reducida de su ejército.

Prosiguiendo Bessières en su propósito, ordenó que el general Merle y Sabathier acometiesen, el primero la izquierda de la posicion de Blake, y el segundo su centro. Iba con ellos el general Lasalle, acompañado de dos escuadrones de caballería. Resistieron con valor los nuestros, y muchos, aunque bisoños, aguantaron la embestida, como si estuvieran acostumbrados al fuego de largo tiempo. Sin embargo, el general Merle encaramándose del lado del camino por el tajo de la meseta, los nuestros comenzaron á ciar, y á desordenarse la izquierda de Blake. En tanto avanzaba Mouton para acometer á los de Cuesta, é interponerse entre los dos grandes y separados trozos del ejército español. A su vista los carabineros reales y guardias de Corps, sin aguardar aviso, se movieron, y en una carga bizarrísima arrollaron las tropas ligeras del enemi-

go, y las arrojaron en una torrentera de las que causan en aquel país las lluvias. Fué al socorro de los suyos la caballería de la guardia imperial, y nuestros jinetes, cediendo al número, se guarecieron de su infantería. Cayeron muertos en aquel lance los ayudantes mayores de carabineros, Escobedo y Chaperon, lidiando éste bravamente y cuerpo á cuerpo con varios soldados del ejército contrario. Arreciando la pelea, se adelantó la cuarta division de Galicia, puesta ántes á las órdenes inmediatas de Cuesta con consentimiento de Blake. Dicen unos que obró por impulso propio, otros por acertada disposicion del primer general. Iban en ella dos batallones de granaderos, entresacados de varios regimientos, el provincial de Santiago y el de línea de Toledo, á los que se agregaron algunos bisoños, entre otros el de Covadonga. Arremetieron con tal brío, que fueron los franceses rechazados y deshechos, cogiendo los nuestros cuatro cañones. Momento apurado para el enemigo, y que dió indicio de cuán otro hubiera sido el éxito de la batalla á haber habido mayor acuerdo entre los generales españoles. Mas la adquirida ventaja duró corto tiempo. En el intervalo habia crecido el desórden y la derrota en las tropas de Blake. En balde este general habia querido contener al enemigo con la columna de granaderos provinciales que tenia como en reserva. Estos no correspondieron á lo que su fama prometia, por culpa, en gran parte, de algunos de los jefes. Fueron, como los demas, envueltos en el desórden, y caballos enemigos que subieron á la altura acabaron de aumentar la confusion. Entónces Merle, más desembarazado, revolvió sobre la cuarta division, que labia alcanzado la ventaja arriba indicada, y flanqueándola por su derecha, la contuvo y desconcertó. Los franceses luégo acometieron intrépidamente por todos lados, extendiéronse por la meseta ó alto de la posicion de Blake, y todo lo atropellaron y desbarataron, apoderándose de nuestras no aguerridas tropas la confusion y el espanto. Individualmente hubo soldados, y sobre todo oficiales, que vendieron caras sus vidas, contándose entre los más valerosos al ilustre Conde de Maceda, quien, *pródigo de su grande alma*, cual otro Paulo, prefirió arrojarse á la muerte ántes que ver con sus ojos la rota de los suyos. Vanos fueron los esfuerzos del general Blake y de los de su estado mayor, particularmente de los distinguidos oficiales D. Juan Moscoso, D. Antonio Burriel y D. José Maldonado, para rehacer la gente. Eran sordos á su voz los más de los soldados, manteniéndose por aquel punto sólo unido y lidiando el batallon de voluntarios de Navarra, mandado por el coronel D. Gabriel de Mendizábal. Cundiendo el desórden, no fué tampoco dable á Cuesta impedir la confusion de los suyos, y ambos ge-

nerales españoles se retiraron á corta distancia uno de otro, sin ser muy molestados por el enemigo; pero entre si con ánimo más opuesto y enconado. Tomaron el camino de Villalpando y Benavente. Pasó de 4.000 la pérdida de los nuestros entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados, con varias piezas de artillería. De los contrarios perecieron unos 300 y más de 700 fueron los heridos. Lamentable jornada, debida á la obstinada ceguedad é ignorancia de Cuesta, al poco concierto entre él y el Blake, y á la débil y culpable condescendencia de la Junta de Galicia. La tropa bisoña, y áun el paisanaje, habiendo peleado largo rato con entusiasmo y denuedo, claramente mostraron lo que, con mayor disciplina y mejor acuerdo de los jefes, hubieran podido llevar á glorioso remate. Mucho perjudicó á la causa de la patria tan triste suceso. Se perdieron hombres, se consumieron en balde armas y otros pertrechos, y sobre todo, se menoscabó en gran manera la confianza.

Rioseco pagó duramente la derrota padecida casi á sus puertas. Nunca pudo autorizar el derecho de la guerra el saqueo y destruccion de un pueblo que por sí no habia opuesto resistencia. Mas el enemigo, con pretexto de que soldados dispersos habian hecho fuego cerca de los arrabales, entró en la ciudad matando por calles y plazas. Los vecinos que quisieron fugarse, murieron casi todos á la salida. Allanaron los franceses las casas, los conventos y los templos, destruyeron las fábricas, robándolo todo y arruinándolo. Quitaron la vida á mozos, ancianos y niños, á religiosos y á várias mujeres, violándolas á presencia de sus padres y maridos. Lleváronse otras al campamento, abusando de ellas hasta que hubieron fallecido. Quemaron más de cuarenta casas, y coronaron tan horrorosa jornada con formar de la hermosa iglesia de Santa Cruz un infame lupanar, en donde fueron víctimas del desenfreno de la soldadesca muchas monjas, sin que se respetase aún á las muy ancianas. No pocas horas duró el tremendo destrozo.

Bressières, despues de avanzar hasta Benavente, persiguió á Cuesta camino de Leon, á cuya ciudad legó éste el 17, abandonándola en la noche del 18, para retirarse hácia Salamanca. El general frances, que habia dudado ántes si iria ó no á Portugal, sabiendo este movimiento, y que Blake y los asturianos se habian replegado detrás de las montañas, desistió de su intento y se contentó con entrar en Leon y recorrer la tierra llana. Desde el 22 abrió el mariscal frances correspondencia con Blake, haciéndole proposiciones muy ventajosas para que él y su ejército reconociesen á José. Respondióle el general español con firmeza y decoro, concluyendo los tratos con una carta de éste demasadamente vanaglo-

riosa, y una respuesta de su contrario atropellada, y en que se pintaban el enfado y despecho.

La batalla de Rioseco, fatal para los españoles, llenó de júbilo á Napoleon, comparándola con la de Villaviciosa, que había asegurado la corona en las sienas de Felipe V. Satisfecho con la agradable nueva, ó más bien sirviéndole de honroso y simulado motivo, abandonó á Bayona, de donde el 21 de Julio por la noche salió para París, visitando ántes los departamentos del Mediodía. No fué la vez primera ni la única en que, alejándose á tiempo, procuraba que sobre otros recayesen las faltas y errores que se cometian en su ausencia.

José, á quien dejamos á la raya de España y pisando su territorio, el 9 de Julio habia seguido su camino á cortas jornadas. A doquiera que llegaba acogíanle fríamente; las calles de los pueblos estaban en soledad y desamparo, y no habia para recibirle sino las autoridades, que pronunciaban discursos, forzadas por la ocupacion francesa. El 16 supo en Búrgos las resultas de la batalla de Rioseco, con lo que más desahogadamente le fué lícito continuar su viaje á Madrid. En el tránsito quiso manifestarse afable, lo cual dió ocasion á los satíricos donaires de los que le oian. Porque, poco práctico en la lengua española, alteraba su pureza con vocablos y acento de la italiana, y sus arengas, en vez de cautivar los ánimos, sólo los movian á risa y burla.

El 20, en fin, llegó á Chamartin á mediodia, y se apeó en la quinta del Duque del Infantado, disponiéndose á hacer su entrada en Madrid. Verificóla, pues, en aquella propia tarde, á las seis y media, yendo por la puerta de Recoletos, calle de Alcalá y Mayor, hasta palacio. Habian mandado colgar y adornar las casas. Raro ó ninguno fué el vecino que obedeció. Venía escoltado, para seguridad y mayor pompa, de mucha infantería y caballería, generales y oficiales de estado mayor, y contados españoles de los que estaban más comprometidos. Interrumpíase la silenciosa marcha con los solos vivas de algunos franceses establecidos en Madrid y con el estruendo de la artillería. Las campanas, en lugar de tañer como á fiesta, las hubo que doblaron á manera de dia de difuntos. Pocos fueron los habitantes que se asomaron ó salieron á ver la ostentosa solemnidad. Y áun el grito de uno que prorumpió en *viva Fernando VII* causó cierto desórden, por el recelo de alguna oculta trama. Recibimiento que representaba al vivo el estado de los ánimos, y singular en su contraste con el que se habia dado á Fernando VII en 24 de Marzo. Asemejóse muy mucho al de Cárlos de Austria en 1710, en el que se mezclaron con los pocos vítores que le aplaudian, varios que osaron aclamar

á Felipe V. Pero José no se ofendió ni de extraños clamores ni de la expresiva soledad, como el austriaco. Este, al llegar á la puerta de Guadalupe, torció á la derecha y se salió por la calle de Alcalá, diciendo «que era una córte sin gente.» José se posesionó de palacio, y desde luégo admitió á cumplimentarle á las autoridades, Consejos y principales personas, al efecto citadas.

Ahora no parecerá fuera de propósito que nos detengamos á dar una idea, si bien sucinta, del nuevo rey, de su carácter y prendas. Comenzaremos por asentar con desapasionada libertad que en tiempos serenos, y asistido de autoridad, si no más legítima, por lo ménos de origen ménos odioso, no hubiera el intruso deshonrado el sólio, mas sí cooperado á la felicidad de España. José habia nacido en Córcega, año de 1768. Habiendo estudiado en el colegio de Autun, en Borgoña, volvió á su patria en 1785, en donde despues fué individuo de la administración departamental, á cuya cabeza estaba el célebre Paoli. Casado en 1794 con una hija de Mr. Clari, hombre de los más acaudalados de Marsella, acompañó al general Bonaparte en su primera campaña de Italia. Hallábase de embajador en Roma á la sazón que sublevándose el pueblo acometió su palacio, y mató á su lado al general Duphot. Miembro, á su regreso, del Consejo de los Quinientos, defendió con esfuerzo á su hermano, que, entonces en Egipto, era vivamente atacado por el Directorio. Después de desempeñar comisiones importantes y de haber firmado el concordato con el Papa, los tratados de Luneville, Amiens y otros, tomó asiento en el Senado. Mas cuando Napoleon convirtió la Francia en un vasto campo militar, y sus habitantes en soldados, ciñó á su hermano la espada, dándole el mando del cuarto regimiento de línea, uno de los destinados al tan pregonado desembarco de Inglaterra. No descolló, empero, en las armas, cual conviniera al que fué á domeñar despues una nacion fiera y altiva como la española. Al subir Napoleon al trono, ofreció á José la corona de Lombardía, que se negó á admitir, accediendo en 1806 á recibir la de Nápoles, cuyo reino gobernó con algun acierto. Fué en España más desgraciado, á pesar de las prendas que le adornaban. Nacido en la clase particular, y habiendo pasado por los vaivenes y trastornos de una gran revolucion política, poseia á fondo el conocimiento de los negocios públicos y el de los hombres. Suave de condicion, instruido y agraciado de rostro, y atento y delicado en sus modales, hubiera cautivado á su partido las voluntades españolas, si ántes no se las hubiera tan gravemente lastimado en su pundonoroso orgullo. Además la extrema propension de José á la molicie y deleites, oscureciendo algun tanto sus bellas

dotes, dió ocasion á que se inventasen respecto de su persona ridículas consejas y cuentos, creídos por una multitud apasionada y enemiga. Así fué que, no contentos con tenerle por ebrio y disoluto, deformáronle hasta en su cuerpo, fingiendo que era tuerto. Su misma locucion fácil y florida perjudicóle en gran manera, pues arrastrado de su facundia, se arrojaba, como hemos advertido, á pronunciar discursos en lengua que no le era familiar, cuyo inmoderado uso, unido á la fama exagerada de sus defectos, provocó á componer farsas populares, que, representadas en todos los teatros del reino, contribuyeron, no tanto al ódio de su persona, como á su desprecio, afecto del ánimo más temible para el que anhela afianzar en sus sienes una corona. Por tanto, José, si bien enriquecido de ciertas y laudables calidades, carecia de las virtudes bélicas y austeras que se requerian entónces en España, y sus imperfecciones, débiles lunares en otra coyuntura, ofrecíanse abultadas á los ojos de una nacion enojada y ofendida.

Los pocos dias que el nuevo rey residió en Madrid se pasaron en ceremonias y cumplidos. Señalóse el 25 de Julio para su proclamacion. Prefirieron aquel dia por ser el de Santiago, creyendo así agradar á la devocion española, que le reconocia como patron del reino. Hizo las veces de alférez mayor el Conde de Campo de Alange, estando ausente y habiendo rehusado asistir el Marqués de Astorga, á quien de derecho competia.

Todas las autoridades, despues de haber cumplimentado á José, le prestaron, con los principales personajes, juramento de fidelidad. Sólo se resistieron el Consejo de Castilla y la sala de alcaldes. Muy de elogiar sería la conducta del primero, si con empeño y honrosa porfía se hubiera ántes constantemente opuesto á las resoluciones de la autoridad intrusa. Habia, sí, á veces suprimido la fórmula, al publicar sus decretos, de que éstos se *guardasen* y *cumpliesen*, pero imprimiéndose y circulándose á su nombre; el pueblo, que no se detenia en otras particularidades, achacaba al Consejo y vituperaba en él la autorizacion de tales documentos, y los hombres entendidos deploraban que se sirviese de un efugio indigno de supremos magistrados; porque, al paso que doblaban la cerviz al usurpador, buscaban con sutilezas é impropios ardidés un descargo á la severa responsabilidad que sobre ellos pesaba; proceder que los malquistó con todos los partidos.

Desde la llegada de José á España, habíase ordenado al Consejo que se dispusiese á prestar el debido juramento. En el 22 de Julio expresamente se le reiteró cumpliese con aquel acto, segun lo prevenido en la

Constitucion de Bayona, la cual ya de antemano se le habia ordenado que circulase. El Consejo, sabedor de la resistencia general de las provincias, y previendo el compromiso á que se exponia, habia procurado dar largas, y no, antes del 24 respondió á las mencionadas órdenes. En dicho dia remitió dos representaciones, que abrazaban ambos puntos, el del juramento y el de la Constitucion. Acerca de la última expuso : «Que él no representaba á la nacion, y sí únicamente las Córtes, las que no habian recibido la Constitucion. Que sería una manifiesta infraccion de todos los derechos más sagrados el que tratándose, no ya del establecimiento de una ley, sino de la extincion de todos los códigos legales y de la formacion de otros nuevos, se obligase á jurar su observancia ántes que la nacion los reconociese y aceptase.» Justa y saludable doctrina, de que en adelante se desvió con frecuencia el mismo Consejo.

Hasta en el presente negocio cedió al fin respecto de la Constitucion de Bayona, cuya publicacion y circulacion tuvo efecto, con su anuencia, en 26 de Julio. Animáronle á continuar en la negativa del pedido juramento los avisos confidenciales que ya llegaban del estado apurado de los franceses en Andalucía; por lo cual el 28 insistió en las razones alegadas, añadiendo nuevas de conciencia. A unas y otras le hubiera la necesidad obligado á encontrar salida y someterse á lo que se le ordenaba, segun ántes habia en todo practicado, si grandes acontecimientos allende de la Sierra Morena no hubieran distraido de los escrúpulos del Consejo y suscitado nuevos é impensados cuidados al gobierno intruso.

Al llegar aquí, de suyo se nombra la batalla de Bailén; memorable suceso, que exige lo refiramos circunstanciadamente.

No habrá el lector olvidado cómo Dupont, despues de abandonar á Córdoba, se habia replegado á Andújar, y asentando allí su cuartel general, sucesivamente habia recibido los refuerzos que le llevaron los generales Vedel y Gobert. Antes de esta retirada, y para impedirle, se habia formado un plan por los españoles. Don Francisco Javier Castaños se oponia á que éste se realizase, pensando, quizá fundadamente, que ante todo debia organizarse el ejército en un campo atrincherado delante de Cádiz. En tanto Dupont frustró con su movimiento retrógrado el intento que habia habido de rodearle. Alentáronse los nuestros, y sólo Castaños insistió de nuevo en su anterior dictámen. Inclínabase á adoptarle la Junta de Sevilla, hasta que, arrastrada por la voz pública, y noticiosa de que tropas de refresco avanzaban á unirse al enemigo, determinó que se le atacase en Andújar.

Castaños, desde que habia tomado el mando del ejército de Andalu-

cía, habia tratado de engrosarle y disciplinar á los innumerables paisanos que se presentaban á alistarse voluntariamente. En Utrera estableció su cuartel general, y en aquel pueblo y Carmona se juntaron, unas en pos de otras, todas las fuerzas, así las que venian de San Roque, Cádiz y Sevilla, como las que con Echavarrri habian peleado en Alcolea. No tardaron mucho los de Granada en aproximarse y darse la mano con los demas. Para mayor seguridad, rogó Castaños al general Spencer, quien con 5.000 ingleses, segun se apuntó, estaba en Cádiz á bordo de la escuadra de su nacion, que desembarcase y tomase posicion en Jerez. Por entónces no condescendió este general con su deseo, prefiriendo pasar á Ayamonte y sostener la insurreccion de Portugal. No tardó, sin embargo, el inglés en volver y desembarcar en el Puerto de Santa María, en donde permaneció corto tiempo, sin tomar parte en la guerra de Andalucía.

Puestos de inteligencia los jefes españoles, dispusieron su ejército en tres divisiones, con un cuerpo de reserva. Mandaba la primera D. Teodoro Reding con la gente de Granada, la segunda el Marqués de Coupigny, y se dejó la tercera á cargo de D. Félix Jones, que debia obrar unida á la reserva, capitaneada por D. Manuel de la Peña. El total de la fuerza ascendia á 25.000 infantes y 2.000 caballos. A las órdenes de D. Juan de la Cruz habia una corta division, compuesta de las compañías de cazadores de algunos cuerpos, de paisanos y otras tropas ligeras, con partidas sueltas de caballería, que en todo ascendian á 1.000 hombres. Tambien D. Pedro Valdecañas mandaba por otro lado pequeños destacamentos de gente allegadiza.

Los españoles, avanzando, se extendieron desde el 1.º de Julio por el Carpio y ribera izquierda del Guadalquivir. Los franceses, para buscar víveres y cubrir su flanco, habian al propio tiempo enviado á Jaen al general de brigada Cassagne con 1.500 hombres. A las once del mismo dia, acercándose los franceses á la ciudad, tuvieron varios reencuentros con los nuestros, y hasta el 3, que por la noche la desampararon, estuvieron en continuado rebato y pelea, ya con paisanos, y ya con el regimiento de suizos de Reding y voluntarios de Granada, que habian acudido á la defensa de los suyos. Dupont, sabedor del movimiento del general Castaños, no queriendo tener alejadas sus fuerzas, habia ordenado á Cassagne que retrocediese, y así se libertó Jaen de la ocupacion de unos soldados que tanto daño le habian ocasionado en la primera.

Instando de todos lados para que se acometiese decididamente al enemigo, celebraron en Porcuna, el 11 de Julio, los jefes españoles un consejo de guerra, en el que se acordó el plan de ataque. Conforme á lo

convenido, debía D. Teodoro Reding cruzar el Guadalquivir por Menjíbar y dirigirse sobre Bailén, sosteniéndole el Marqués de Coupigny, que había de pasar el rio por Villanueva. Al mismo tiempo D. Francisco Javier Castaños quedó encargado de avanzar con la tercera division y la reserva, y atacar de frente al enemigo, cuyo flanco derecho debía ser molestado por las tropas ligeras y cuerpos francos de D. Juan de la Cruz, quien, atravesando por el puente de Marmolejo, que, aunque cortado anteriormente, estaba ya transitable, se situó al efecto en las alturas de Sementera.

El 13 se empezó á poner en obra el concertado movimiento, y el 15 hubo várias escaramuzas. Dupont, inquieto con las tropas que veía delante de sí, pidió á Vedel que le enviase de Bailén el socorro de una brigada; pero éste, no queriendo separarse de sus soldados, fué en persona con su division, dejando solamente á Liger-Belair con 1.300 hombres para guardar el paso de Menjíbar. En el mismo 15 los franceses atacaron á Cruz, quien, despues de haber combatido bizarramente, se transfirió á Peñascal de Morales, replegándose los enemigos á sus posiciones. No hubo en el 16 por el frente, ó sea del lado de Castaños, sino un recio cañoneo; pero fué grave y glorioso para los españoles el choque en que se vió empeñado en el propio dia el general Reding.

Segun lo dispuesto, trató este general de atacar al enemigo, y al tiempo que le amenazaba en su posicion de Menjíbar, á las cuatro de la mañana cruzó el rio á media legua por el vado apellidado del Rincon. Le desalojó de todos los puntos, y obligó á Liger-Belair á retirarse hácia Bailén, de donde volando á su socorro el general Gobert, recibió éste un balazo en la cabeza, de que murió poco despues. Cuerpos nuevos, como el de Antequera y otros, se estrenaron aquel dia con el mayor lucimiento. Contribuyó en gran manera al acierto de los movimientos el experto y entendido mayor general D. Francisco Javier Abadía. Nada embarazaba ya la marcha victoriosa de los españoles; mas Reding, como prudente capitán, suspendió perseguir al enemigo, y repasando por la tarde el rio, aguardó á que se le uniese Coupigny. Pareció ser dia de buen agüero, porque en 1212 en el mismo 16 de Julio, segun el cómputo de entónces, habíase ganado la célebre batalla de las Navas de Tolosa, pueblo de allí poco distante; siendo de notar que el paraje en donde hubo mayor destrozo de moros, y que aún conserva el nombre de Campo de Matanza, fué el mismo en que cayó mortalmente herido el general Gobert.

De resultas de este descalabro, determinó Dupont que Vedel tornase á Bailén y arrojase los españoles del otro lado del rio. Empezaba el terror á desconcertar á los franceses. Aumentóse con la noticia que re-

cibieron de lo ocurrido en Valencia, y por doquiera no veían ni soñaban sino gente enemiga. Así fué que Doufour, sucesor de Gobert, y Liger-Belair, escarmentados con la pérdida que el 16 experimentaron en Menjíbar, y temerosos de que los españoles mandados por D. Pedro Valdecañas, que habian acometido y sorprendido en Linares un destacamento frances, se apoderasen de los pasos de la sierra y fuesen despues sostenidos por la division victoriosa de Reding, en vez de mantenerse en Bailén, caminaron á Guarroman, tres leguas distante. Ya se habian puesto en marcha, cuando Vedel, de vuelta de Andújar, llegó al primer pueblo, y sin aguardar noticia ni aviso alguno, recelándose que Doufour y su compañero pudiesen ser atacados, prosiguió adelante, y uniéndose á ellos, avanzaron juntos á la Carolina y Santa Elena.

En el intermedio y al dia siguiente de la gloriosa accion que habia ganado, movió el general Reding su campo, repasó de nuevo el rio en la tarde del 17, é incorporándosele al amanecer el Marqués de Coupigny, entraron ambos el 18 en Bailén. Sin permitir á su gente largo descanso, disponíase á revolver sobre Andújar, con intento de coger á Dupont entre sus divisiones y las que habian quedado en los Visos, cuando impensadamente se encontraron con las tropas de dicho general, que de prisa y silenciosamente caminaban. Habia el frances salido de Andújar al anochecer del 18, despues de destruir el puente y las obras que para su defensa habia levantado. Escogió la oscuridad, deseoso de encubrir su movimiento y salvar el inmenso bagaje que acompañaba á sus huestes.

Abria Dupont la marcha con 2.600 combatientes, mandando Barbou la columna de retaguardia. Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos; pero desengañoslos el tiroteo que de noche empezó á oirse en los puntos avanzados. Los generales españoles, que estaban reunidos en una almazara, ó sea molino de aceite, á la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisoña ó reencuentro con la enemiga. Luégo los sacó de ella una granada que casi cayó á sus piés á las doce y minutos de aquella misma noche, y principio ya del dia 19. Eran, en efecto, fuegos de tropas francesas, que habiendo las primeras y más temprano salido de Andújar, habian tenido el necesario tiempo para aproximarse á aquellos parajes. Los jefes españoles mandaron hacer alto, y D. Francisco Venégas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente orden y causó diversion al enemigo, en tanto que la demas tropa, ya puesta en camino, volvía á colocarse en el sitio que ántes ocupaba. Los franceses, por su parte, avanzaron más allá del puente que hay á media

legua de Bailén. En unas y otras no empezó á trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos ó divisiones en que se habia distribuido la fuerza española allí presente estaban al mando de los generales Reding y Coupigny, sometido éste al primero, ambos jefes acudan indistintamente con la flor de sus tropas á los puntos atacados con mayor empeño. Ayudóles mucho para el acierto el saber y tino del mayor general Abadía.

La primera acometida fué por donde estaba Coupigny. Rechazaron los soldados vigorosamente, y los guardias walonas, suizos, regimiento de Bujalance, Ciudad-Real, Trillo, Cuenca, zapadores y el de caballería de España embistieron las alturas que el enemigo señoreaba y le desalojaron. Roto éste enteramente, se acogió al puente y retrocedió largo trecho. Reconcentrando en seguida Dupont sus fuerzas, volvió á posesionarse de parte del terreno perdido, y extendió su ataque contra el centro y costado derecho español, en donde estaba D. Pedro Grimarest. Flaqueaban los nuestros de aquel lado; pero, auxiliados oportunamente por D. Francisco Venégas, fueron los franceses del todo arrollados, teniendo que replegarse. Muchas y porfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma, mandados por los coroneles D. José Juncar y D. Antonio de la Cruz, consiguiendo desmontar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta, que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya unos, ya otros, de una noria sita más abajo de la almazara ántes mencionada.

A las doce y media de la mañana, Dupont, lleno de enojo, púsose con todos los generales á la cabeza de las columnas, y furiosa y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arrojo romper nuestro centro, en donde estaban los generales Reding y Abadía, llegando casi á tocar con los cañones los marinos de la guardia imperial. Vanos fueron sus esfuerzos, inútil su conato. Tanto ardimiento y maestría estrellóse contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decaidos, menguados sus batallones, y no encontrando refugio ni salida, propusieron una suspension de armas, que aceptó Reding.

Miéntas que la victoria coronaba con sus laureles á este general, D. Juan de la Cruz no habia permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupont, en la misma noche del 18 se adelantó hasta los ba-

ños, y colocándose cerca del Herrumblar, á la izquierda del enemigo, le molestó bastantemente. Castaños debió tardar más en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á D. Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó éste consigo la tercera division de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andújar el general en jefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando; habia ántes tirado algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vedel en su correría, no habiendo descubierto por la sierra tropas españolas, unido con Doufour, permaneció el 18 en la Carolina, despues de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeñaperros dos batallones y algunas compañías. Allí estaba, cuando al alborear el 19, oyendo el cañoneo del lado de Bailén, emprendió su marcha, aunque lentamente, hácia el punto de donde partia el ruido. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavía reposaban éstas con el seguro de la pactada tregua. Advertido, sin embargo, Reding, envió al frances un parlamento con la nueva de lo acaecido. Dudó Vedel si respetaria ó no la suspension convenida, mas al fin envió un oficial suyo para cerciorarse del hecho.

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la ermita de San Cristóbal, que está á la izquierda yendo de Bailén á la Carolina, se habia situado un batallon de Irlanda y el regimiento de Ordenes militares, al mando de su valiente coronel D. Francisco de Paula Soler; enfrente y del otro lado se hallaba otro batallon de dicho regimiento de Irlanda con dos cañones. Pesaroso Vedel de haber suspendido su marcha, ú obrando quizá con doblez, media hora despues de haber contestado al parlamento de Reding y de haber enviado un oficial á Dupont, mandó al general Cassagne que atacase el puesto de los españoles últimamente indicado. Descansando nuestros soldados en la buena fe de lo tratado, fuéle fácil al frances desbaratar al batallon de Irlanda que allí habia, cogerle muchos prisioneros, y áun los dos cañones. Mayor oposicion encontró el enemigo en las fuerzas que mandaba Soler, quien aguantó bizarramente la acometida que le dió el jefe de batallon Roche. Interesaba mucho aquel punto de la ermita de San Cristóbal, porque se facilitaba, apoderándose de ella, la comunicacion con Dupont. Viendo la porfiada y ordenada resistencia que los españoles ofrecian, iba Vedel á atacar en persona la ermita, cuando recibió la órden de en general en jefe de no emprender cosa alguna, con lo que cesó en su intento, calificando por los españoles de alevoso.

Negociábase, pues, el armisticio que ántes se habia entablado. Fué enviado por Dupont, para abrir los tratos, el capitán Villoutreys, de su estado mayor. Pedia el frances la suspension de armas y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Concedió Reding la primera demanda, advirtiendo que para la segunda era menester abocarse con don Francisco Javier Castaños, que mandaba en jefe. A él se acudió, autorizando los franceses al general Chabert para firmar un convenio. Inclinábase Castaños á admitir la proposicion de dejar á los enemigos repasar sin estorbo la Sierra Morena; pero la arrogancia francesa, disgustando á todos, excitó al Conde de Tilly á oponerse, cuyo dictamen era de gran peso como individuo de la Junta de Sevilla, y de hombre que tanta parte habia tomado en la revolucion. Vino en su apoyo el haberse interceptado un despacho de Savary, de que era portador el oficial Mr. de Fenélon. Preveníasele á Dupont, en su contenido, que se recogiese al instante á Madrid en ayuda de las tropas que iban á hacer rostro á los generales Cuesta y Blake, que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja. Tilly, á la lectura del oficio, insistió con ahinco en su opinion, añadiendo que la victoria alcanzada en los campos de Bailén de nada serviría sino de favorecer los deseos del enemigo, caso que se permitiese á sus soldados ir á juntarse con los que estaban allende la sierra. A sus palabras, irritados los negociadores franceses, se propasaron en sus expresiones, hablando mal de los paisanos españoles y exagerando sus excesos. No quedaron en zaga en su réplica los nuestros, echándoles en cara escándalos, saqueos y perfidias. De ambas partes agriándose sobremanera los ánimos, rompiéronse las entabladas negociaciones.

Mas los franceses no tardaron en renovarlas. La posicion de su ejército por momentos iba siendo más crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria habia acudido de la comarca la poblacion armada, la cual y los soldados vencedores, estrechando en derredor al enemigo abatido y cansado, sofocado con el calor y sediento, le sumergian en profunda afliccion y desconsuelo. Los jefes franceses, no pudiendo los más sobrellevar la dolorosa vista que ofrecian sus soldados, y algunos, si bien los ménos, temerosos de perder el rico botín que los acompañaba, generalmente persistieron en que se concluyese una capitulacion. Y como las primeras conferencias no habian tenido feliz resulta, escogióse para ajustar-la al general Marescot, que por acaso se habia incorporado al ejército de Dupont. De antiguo conocia al nuevo plenipotenciario D. Francisco Javier Castaños, y lisonjeáronse los que le eligieron con que su amistad llevaría la negociacion á pronto y cumplido remate.

Habíanse ya trabado nuevas pláticas, y todavía hubo oficiales franceses que, escuchando más á los ímpetus de su adquirida gloria que á lo que su situacion y la fe empeñada exigian, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y uniéndose con Vedel, salvarse á todo trance. Dupont mismo, sobrecogido y desatentado, dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó á Vedel que se considerase como libre y se pusiese en cobro. Bastóle á este general el permiso para empezar á retirarse por la noche, burlándose de la tregua. Notando los españoles su fuga, intimaron á Dupont que, de no cumplir él y los suyos la palabra dada, no solamente se rompería la negociacion, sino que tambien sus divisiones serían pasadas á cuchillo. Arredrado con la amenaza, envió el frances oficiales de su estado mayor que detuviesen en la marcha á Vedel, el cual, aunque cercado de un enjambre de paisanos y hostigado por el ejército español, vaciló si habia ó no de obedecer. Mas, aterrorizados oficiales y soldados, era tanto su desaliento, que de veinte y tres jefes que convocó á consejo de guerra, sólo cuatro opinaron que debia continuarse la comenzada retirada. Mal de su grado, sometióse Vedel al parecer de la mayoría.

Terminóse, pues, la capitulacion, oscura y contradictoria en algunas de sus partes, lo que en seguida dió márgen á disputas y altercados (16). Segun los primeros artículos, se hacia una distincion bien marcada en-

(16) *Capitulaciones ajustadas entre los respectivos generales de los ejércitos español y frances.*

Los Excmos. Sres. Conde de Tilly y D. Francisco Javier Castaños, general en jefe del ejército de Andalucía, queriendo dar una prueba de su alta estimacion al Excmo. Sr. general Dupont, grande águila de la Legion de honor, etc., así como al ejército de sumando, por la brillante y gloriosa defensa que han hecho contra un ejército muy superior en número y que lo envolvía por todas partes, y el señor general Chavet, encargado con plenos poderes por S. E. el señor General en jefe del ejército frances, y el Excmo. Sr. general Marescot, grande águila, etc., han convenido en los artículos siguientes:

1.º Las tropas del mando del Excmo. Sr. general Dupont quedan prisioneras de guerra, exceptuando la division de Vedel y otras tropas francesas que se hallan igualmente en Andalucía.

2.º La division del general Vedel, y generalmente las demas tropas francesas de la Andalucía que no se hallan en la posicion de las comprendidas en el artículo antecedente, evacuarán la Andalucía.

3.º Las tropas comprendidas en el art. 2.º conservarán generalmente todo su bagaje; y para evitar todo motivo de inquietud durante su viaje, dejarán su artillería, tren y otras armas al ejército español, que se encarga de devolvérselas en el momento de su embarque.

4.º Las tropas comprendidas en el art. 1.º del tratado saldrán del campo con los honores de la guerra, dos cañones á la cabeza de cada batallon y los soldados con sus fusiles, que se rendirán y entregarán el ejército español á cuatrocientos toesas del campo.

tre las tropas del general Dupont y las de Vedel. Las unas eran consideradas como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas y sujetarse

5.º Las tropas del general Vedel y otras que no deben rendir sus armas, las colocarán en pabellones sobre su frente de banderas, dejando del mismo modo su artillería y tren, formándose el correspondiente inventario por oficiales de ambos ejércitos, y todo les será devuelto, segun queda convenido en el art. 3.º

6.º Todas las tropas francesas de Andalucía pasarán á Sanlúcar y Rota por los tránsitos que se les señalen, que no podrán exceder de cuatro leguas regulares al día con los descansos necesarios, para embarcarse en buques con tripulacion española, y conducirlos al puerto de Rochefort, en Rancia.

7.º Las tropas francesas se embarcarán así que lleguen al puerto de Rota, y el ejército español garantizará la seguridad de su travesía contra toda empresa hostil.

8.º Los señores generales, jefes y demas oficiales conservarán sus armas, y los soldados sus mochilas.

9.º Los alojamientos, víveres y forrajes durante la marcha y travesía se suministrarán á los señores generales y demas oficiales, así como á la tropa, á proporcion de su empleo, y con arreglo á los goces de las tropas españolas en tiempo de guerra.

10. Los caballos que segun sus empleos corresponden á los señores generales, jefes y oficiales del E. M. se transportarán á Francia, mantenidos con la racion de tiempo de guerra.

11. Los señores generales conservarán cada uno un coche y un carro, los jefes y oficiales de E. M. un coche solamente, exentos de reconocimiento, pero sin contravenir á los reglamentos y leyes del reino.

12. Se exceptúan del artículo antecedente los carruajes tomados en Andalucía, cuya inspeccion hará el general Chavert.

13. Para evitar la dificultad del embarque de los caballos de los cuerpos de caballería y los de artillería comprendidos en el art. 2.º, se dejarán unos y otros en España, pagando su valor, segun el aprecio que se haga por dos comisionados español y frances.

14. Los heridos y enfermos del ejército frances que queden en los hospitales se asistirán con el mayor cuidado, y se enviarán á Francia con escolta segura así que se hallen buenos.

15. Como en varios parajes, particularmente en el ataque de Córdoba, muchos soldados, á pesar de las órdenes de los señores generales y del cuidado de los señores oficiales, cometieron excesos que son consiguientes é inevitables en las ciudades que hacen resistencia al tiempo de ser tomadas, los señores generales y demas oficiales tomarán las medidas necesarias para encontrar los vasos sagrados que pueden haberse quitado, y entregarlos si existen.

16. Los empleados civiles que acompañan al ejército frances no se considerarán prisioneros de guerra; pero, sin embargo, gozarán durante su transporte á Francia todas las ventajas concedidas á las tropas francesas, con proporcion á sus empleos.

17. Las tropas francesas empezarán á evacuar la Andalucía el día 23 de Julio. Para evitar el gran calor se efectuará por la noche la marcha, y se conformarán con la jornada diaria, que arreglarán los señores jefes del E. M. español y frances, evitando el que las tropas pasen por las ciudades de Córdoba y Jaen.

á la condicion de tales. A las otras, si bien forzadas á evacuar la Andalucía, no se las obligaba á entregar las armas sino en calidad de depósito, para devolvérselas á su embarco. Pero esta distincion desaparecía en el art. 6.º, en que se estipulaba que todas las tropas francesas de Andalucía se harian á la vela desde Sanlúcar y Rota, para Rochefort, en buques tripulados por españoles. Ignoramos si hubo ó no malicia en la insercion del artículo. Si procedió de ardid de los negociadores franceses, enredáronse entónces en su propio lazo, pues no era hacedero aprestar los suficientes barcos con tripulacion nacional. Tenemos por más probable que anhelando todos concluir el convenio, se precipitaron á cerrarle, dejándole en parte ambiguo y vago.

La capitulacion firmóse en Andújar, el 22 de Julio, por D. Francisco Javier Castaños y el Conde de Tilly á nombre de los españoles, y lo fué

18. Las tropas francesas en su marcha irán escoltadas de tropa española, á saber : 300 hombres de escolta por cada 3.000 hombres, y los señores generales serán escoltados por destacamentos de caballería de línea.

19. A la marcha de las tropas precederán siempre los comisionados español y frances para asegurar los alojamientos y víveres necesarios, segun los estados que se les entregarán.

20. Esta capitulacion se enviará desde luégo a S. E. el Duque de Róvigo, general en jefe de los ejércitos franceses en España; con un oficial frances, escoltado por tropa de línea española.

21. Queda convenido entre los dos ejércitos que se añadirán como suplemento a esta capitulacion los artículos de cuanto pueda haberse omitido para aumentar el bienestar de los franceses durante su permanencia y pasaje en España.— Firmado.

Artículos adicionales, igualmente autorizados.

1.º Se facilitarán dos carretas por batallon para transportar las maletas de los señores oficiales.

2.º Los señores oficiales de caballería de la division del Sr. general Dupont conservarán sus caballos solamente para hacer en viaje, y los entregarán en Rota, punto de su embarco, á un comisionado español encargado de recibirlos. La tropa de caballería de guardia del Sr. General en jefe gozará la misma facultad.

3.º Los franceses enfermos que están en la Mancha, así como los que haya en Andalucía, se conducirán á los hospitales de Andújar, ú otro que parezca más conveniente.

Los convalecientes les acompañarán á medida que se vayan curando; se conducirán á Rota, donde se embarcarán para Francia bajo la misma garantía mencionada en el art. 6.º de la capitulacion.

4.º Los Excmos. Sres. Conde de Tilly y general Castaños prometen interceder con su valimiento para que el Sr. general Erselinaut, el Sr. coronel La Grange y el Sr. teniente coronel Roseti, prisioneros de guerra en Valencia, se pongan en libertad y conduzcan á Francia bajo la misma garantía expresada en el articulo anterior.— Firmado.— (Véase la *Lealtad española*, tomo II.)

al de los franceses por los generales Marescot y Chabert. Al día siguiente desfiló la fuerza que estaba á las órdenes inmediatas del general Dupont por delante de la reserva y tercera division españolas, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y D. Manuel de La Peña. Censuróse que se diera la mayor honra y prez de la victoria á las tropas que ménos habian contribuido á alcanzarla. Componíase la primera fuerza francesa de 8.248 hombres, la cual rindió sus armas á 400 toesas del campo. El 24 trasladóse el mismo Castaños á Bailén, donde las divisiones de Vedel y Doufour, que constaban de 9.393 hombres, abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones sobre el frente de banderas. Ademas entregaron unos y otros las águilas, como tambien los caballos y la artillería, que contaba 40 piezas. De suerte que, entre los que habian perecido en la batalla, los rendidos y los que despues sucesivamente se rindieron en la Sierra y Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de 21.000 hombres. El número de sus muertos ascendia á más de 2.000, con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores. Dupont quedó tambien contuso. De los nuestros murieron 243, quedando heridos más de 700.

Día fué aquél de ventura y gloria para los españoles, de eterna fama para sus soldados, de terrible y dolorosa humillacion para los contrarios. Antes vencedores éstos contra las más aguerridas tropas de Europa, tuvieron que rendir ahora sus armas á un ejército bisoño, compuesto en parte de paisanos, y allegado tan apresuradamente, que muchos, sin uniforme, todavía conservaban su antiguo y tosco vestido. Batallaron, sin embargo, los franceses con honra y valentía; cedieron á la necesidad, pero cedieron sin afrenta. Algunos de sus caudillos no pudieron ponerse á salvo de una justa y severa censura. Allá en Roma, en parecido trance, pasaron sus cónsules bajo el yugo despojados y medio desnudos, al decir de Tito Livio : «Aquí hubo jefes que tuvieron más cuenta con la mal adquirida riqueza que con el buen nombre.» No ha faltado entre sus compatriotas quien haya achacado la capitulacion al deseo de no perder el cuantioso botin que consigo llevaban. Pudo caber tan ruin pensamiento en ciertos oficiales, mas no en su mayor y más respetable número. Guerreros bravos y veteranos, lidiaron con arrojo y maestría; sometieronse á su mala estrella y á la dicha y señalado brío de los españoles.

La victoria, pesada en la balanza de la razon, casi tocó en portento. Cierto que las divisiones de Reding y de Coupigny, únicas que en realidad lidiaron, contaban un tercio de fuerza más que las de Dupont, constando éstas de 8.000 hombres, y aquéllas de 14.000. Pero ¡qué inferior

ridad en su composicion! Las francesas, superioresísimas en disciplina, bajo generales y oficiales inteligentes y aguerridos, bien pertrechadas y con artillería completa y bien servida, tenían la confianza que dan tamañas ventajas y una serie no interrumpida de victorias. Las españolas, mal vestidas y armadas, con oficiales por la mayor parte poco prácticos en el arte de la guerra y con soldados inexpertos, eran más bien una masa de hombres de repente reunidos que un ejército en cuyas filas hubiese la concordancia y órden propios de un ejército á punto de combatir. Nuestra caballería, por su mala organizacion, conceptuábase como nula, á pesar del valor de los jinetes, al paso que la francesa brillaba y se aventajaba por su arreglo y destreza. La posicion ocupada por los españoles no fué más favorable que la de los enemigos, habiendo, al contrario, tenido éstos la ventaja de acometer los primeros á los nuestros, que comenzaban su marcha. Podrá alegarse que hallándose á la retaguardia de Dupont las fuerzas de Castaños y Peña, se le inutilizaba á aquél su superioridad, viéndose así perseguido y estrechado; pero en respuesta dirémos que tambien Reding tuvo á sus espaldas las tropas de Vedel, con la diferencia que las de Peña nunca llegaron al ataque, y las otras le realizaron por dos veces. No es extraño que, mortificados los vencidos con la impensada rota, la hayan asimismo achacado á la penuria que experimentaban sus soldados, al cansancio y al calor terrible en aquella estacion y en aquel clima. Pero si los víveres abundaban en el campo de los españoles, era igual ó mayor la fatiga, y no herian con ménos violencia los rayos del sol á muchos de los que, siendo de provincias más frescas, estaban tan desacostumbrados como los franceses á los ardores de las del Mediodía, de que varios cayeron sofocados y muertos. Hanse reprendido á Dupont y á sus generales graves faltas, y ¡cuáles no cometieron los españoles! Si Vedel y los suyos corrieron á la Carolina tras un enemigo que no existía, Castaños y La Peña se pararon sobrado tiempo en los visos de Andújar, figurándose tener delante un enemigo que habia desaparecido. El general frances, reputado como uno de los primeros de su nacion, aventajábase en nombradía al español, habiéndose ilustrado con gloriosos hechos en Italia y en las orillas del Danubio y del Elba. Castaños, despues de haber servido con distincion en la campaña de Francia de 1793, gozaba fama de buen oficial y de hombre esforzado, mas no habia todavía tenido ocasion de señalarse como general en jefe. Suave de condicion, amábanle sus subalternos; mañero en su conducta, acusábanle otros de saber aprovecharse en beneficio propio de las hazañas ajenas. Así fué que quisieron privarle de todo loor y gloria

en los triunfos de Bailén; juicio apasionado é injusto, pues si á la verdad no asistió en persona á la accion, y anduvo lento en moverse de Andújar, no por eso dejó de tomar parte en la combinacion y arreglo acordado para atacar y destruir al enemigo. Por lo demas, la ventaja real que en esta célebre jornada asistió á los españoles, fué el puro y elevado entusiasmo que los animaba, y la certeza de la justicia de la causa que defendian, al paso que los franceses, decaidos en medio de un pueblo que los aborrecia, abrumados con su bagaje y sus riquezas, conservaban sí el valor de la disciplina y el suyo propio, pero no aquella exaltacion sublime con que habian asombrado al mundo en las primeras campañas de la revolucion.

Nos hemos detenido algun tanto en el cotejo de los ejércitos combatientes y en el de sus operaciones, no para dar preferencia en las armas á ninguna de las dos naciones, sino para descubrir la verdad y ponerla en su más espléndido y claro punto. Los habitantes de España y Francia, como todos los de Europa, igualmente bravos y dispuestos á las acciones más dignas y elevadas, han tenido sus tiempos de gloria y abatimiento, de fortuna y desdicha, dependiendo sus victorias, ó de la prevision y tino de sus gobiernos, ó de la maestría de sus caudillos, ó de aquellos casos tan comunes en la guerra, y por los que con razon se ha dicho que las armas tienen sus dias.

Los franceses, despues de haberse rendido, emprendieron su viaje hácia la costa de noche y á cortas jornadas. Ademas de las contradicciones é inconvenientes que en sí envolvía la capitulacion, casi la imposibilitaban las circunstancias del dia. La autoridad, falta de la necesaria fuerza, no podia enfrenar el ódio que habia contra los franceses, causadores de una guerra que Napoleon mismo calificó alguna vez de sacrílega (17). El modo pérfido con que ella habia comenzado, los excesos, robos y saqueos cometidos en Córdoba y su comarca, tanto más pesados, cuanto recaian sobre pueblos no habituados desde siglos á ver enemigos en sus hogares, excitaban un clamor general, y creíase universalmente que ni pacto ni tratado debia guardarse con los que no habian respetado ninguno. En semejante conflicto, la Junta de Sevilla consultó con los generales Morla y Castaños acerca de asunto tan grave. Disintieron ambos en sus pareceres. Con razon el último sostenia el fiel cumplimiento de lo estipulado, en contraposicion del primero, que buscaba la aprobacion y aplauso popular. Adhirió la Junta al dictámen de éste, aunque in-

(17) *Mémoires du Duc de Rovigo*, vol III, cap. XVIII.

justo é indebido. Para sincerarse circuló un papel, en cuyo contexto intentó probar que los franceses habian infringido la capitulacion, y que suya era la culpa si no se cumplia. Efugio indigno de la autoridad soberana, cuando habia una razon principalísima y que fundadamente podia producirse, cual era la falta de trasportes y marinería.

Por pequeña ocasion aumentáronse las dificultades. Acaeció, pues, en Lebrija que descubriéndose casualmente en las mochilas de algunos soldados más dinero que el que correspondia á su estado y situacion, irritóse en extremo el pueblo, y ellos, para libertarse del enojo que habia promovido el hallazgo, trataron de descargarse acusando á los oficiales. Del alboroto y pendencia resultaron muertes y desgracias. Propúsoseles entónces á los prisioneros que, para evitar disturbios, se sujetasen á un prudente registro, depositando los equipajes en manos de la autoridad. No cedieron al medio indicado, y otro incidente levantó en el Puerto de Santa María gran bullicio. Al embarcarse allí el 14 de Agosto para pasar la bahía, cayóse de la maleta de un oficial una patena y la copa de un cáliz. Fácil es adivinar la impresion que causaria la vista de semejantes objetos; porque, ademas de contravenirse á la capitulacion, en que se habia expresamente estipulado la restitution de los vasos sagrados, se escandalizaba sobremanera á un pueblo que en tan grave veneracion tenía aquellas alhajas. Encendidos los ánimos, se registraron los más de los equipajes, y apoderándose de ellos, se maltrató á muchos prisioneros y se les despojó en general de casi todo lo que poseian.

Promovieron tales incidentes reclamaciones vivas del general Dupont, y una correspondencia entre él y D. Tomas de Morla, gobernador de Cádiz. Pedia el frances en ella los equipajes de que se habia privado á los suyos, é insistiendo en su demanda, contestóle, entre otras cosas, Morla: «¿Si podia una capitulacion, que sólo hablaba de la seguridad de sus equipajes, darle la propiedad de los tesoros que con asesinatos, profanacion de cuanto hay sagrado, crueldades y violencias habia acumulado su ejército de Córdoba y otras ciudades? ¿Hay razon (continuaba), derecho ni principio que prescriba que se debe guardar fe ni aún humanidad á un ejército que ha entrado en un reino aliado y amigo so pretextos capciosos y falaces; que se ha apoderado de su inocente y amado rey y toda su familia con igual falacia; que les ha arrancado violentas é imposibles renunciaciones á favor de su soberano, y que con ellas se ha creído autorizado á saquear sus palacios y pueblos, y que porque no acceden á tan inicuo proceder, profanan sus templos y los saquean, asesinan sus ministros, violan las vírgenes, estupran á su placer bárbaro, y car-

gan y se apoderan de cuanto pueden transportar, y destruyen lo que no? ¿Es posible que estos tales tengan la audacia, oprimidos, cuando se les priva de estos que para ellos deberian ser horrorosos frutos de su iniquidad, de reclamar los *principios de honor y probidad?*» Verdades eran éstas, si bien mal expresadas, por desgracia sobradamente obvias y de todos conocidas. Mas las perfidias y escándalos pasados no autorizaban el quebrantamiento de una capitulación contratada libremente por los generales españoles. ¿Qué sería de las naciones, qué de su progreso y civilización, si echándose recíprocamente en cara sus extravíos, sus violencias, olvidasen la fe empeñada, y traspasasen y abatiesen los linderos que ha fijado el derecho público y de gentes? En Morla fué más reprehensible aquel lenguaje, siendo militar antiguo, y hombre que despues, á las primeras desgracias de su patria, la abandonó villanamente y desertó al bando enemigo.

Al paso que con las victorias de Bailén fué en las provincias colmado el júbilo, y universal y extremado el entusiasmo, consternóse y cayó como postrado el gobierno de Madrid. Empezó á susurrarse tan grave suceso en el día 23. De antemano y varias veces se habia anunciado la deseada victoria como si fuera cierta, por lo que los franceses calificaban la voz esparcida de vulgar é infundada. Sacóles del error el aviso de que un oficial suyo se aproximaba con la noticia. Llegó, pues, éste, y supieron los pormenores de la desgracia acaecida. Habia cabido ser portador de la infausta nueva al mismo Mr. de Villoutreys, que habia entablado en Bailén los primeros tratos, y á cuyo hado adverso tocaba el desempeño de enfadosas comisiones. Segun lo convenido en la capitulación, un oficial frances, escoltado por tropa española, debia en persona comunicarla al Duque de Róvigo, general en jefe del ejército enemigo, y ordenar tambien, en su tránsito por la Sierra y Mancha, á los destacamentos apostados en la ruta, y que formaban parte de las divisiones rendidas, ir á juntarse con sus compañeros, ya sometidos, para participar de igual suerte. Cumplió fielmente Mr. de Villoutreys con lo que se le previno, y todos obedecieron, incluso el destacamento de Manzanares. Fué el de Madrideo el que primero resistió á la órden comunicada.

Llegó á Madrid el fatal mensajero en 29 de Julio. Congregó José sin dilación un consejo, compuesto de personas las más calificadas. Variaron los pareceres: fué el del general Savary retirarse al Ebro. Todos, al fin, se sometieron á su opinion, así por salir de la boca del más favorecido de Napoleon, como tambien porque avisos continuados manifestaban cuánto se empeoraba el semblante de las cosas. Por todas partes se con-

movían los pueblos cercanos á la capital; no les intimidaba la proximidad de las tropas enemigas; cortábanse las comunicaciones; en la Mancha eran acometidos los destacamentos sueltos, y ya ántes, en Villarta, habian sus vecinos desbaratado é interceptado un convoy considerable. Agolpáronse uno tras otro los reveses y los contratiempos; pocos hubo en Madrid, de los enemigos y parciales, que no se abatiesen y descorazonasen. A muchos faltábales tiempo para alejarse de un suelo que les era tan contrario y ominoso.

José, resuelto á partir, dejó á la libre voluntad de los españoles que con él se habian comprometido, quedarse ó seguirle en la retirada. Contados fueron los que quisieron acompañarle. De los siete ministros, Cabarrus, Ofárril, Mazarredo, Urquijo y Azanza mantuviéronse adictos á su persona, y no se apartaron de su lado. Permanecieron en Madrid Piñuela y Cevallos. Imitaron su ejemplo los duques del Infantado y el del Parque, como casi todos los que habian presenciado los acontecimientos de Bayona y asistido á su congreso. No faltó quien los tachase de inconscientes y desleales. Juzgaban otros diversamente, y decian que los más habian sido arrastrados á Francia ó por fuerza ó por engaño, y, que si bien se propararon algunos á pedir empleos ó gracias, nunca era tarde para reconciliarse con la patria, arrepentirse de un tropiezo causado por el miedo ó la ciega ambicion, y contribuir á la justa causa en cuyo favor la nacion entera se habia pronunciado. Lo cierto es que ni uno quizá de los que siguieron á José hubiera dejado de abrazar el mismo partido, á no haberles arredrado el temor de la enemistad y del ódio que las pasiones del momento habian excitado contra sus personas.

Antes de abrir la marcha reconcentraron los enemigos hácia Madrid las fuerzas de Moncey y las desparramadas á orillas del Tajo. Clavaron en el Retiro y casa de la China más de 80 cañones, llevándose las vajillas y alhajas de los palacios de la capital y sitios reales que no habian sido de antemano robadas. Tomadas estas medidas, empezaron á evacuar la capital inmediatamente. Salió José el 30, cerrando la retaguardia, en la noche del 31, el mariscal Moncey. Respiraron del todo y desembarazadamente aquellos habitantes en la mañana del 1.º de Agosto. El 9 entró el fugitivo rey en Búrgos con Bessières, quien, segun las órdenes recibidas, se habia replegado allí de tierra de Leon.

Acompañaron á los franceses en su retirada lágrimas y destrozos. Soldados desmandados y partidas sueltas esparcieron la desolacion y espanto por los pueblos del camino ó los poco distantes. Rezagábanse, se perdian para merodear y pillar, saqueaban las casas, talaban los cam-

LIBRO CUARTO (1808)

pos, sin respetar las personas ni lugares más sagrados. Buitrago, el Molar, Iglesias, Pedrezuela, Gandullas, Braojos, y sobre todo la villa de Venturada, abrasada y destruida, conservarán largo tiempo triste memoria del horroroso tránsito del extranjero.

Continuó José su marcha, y en Miranda de Ebro hizo parada, extendiéndose la vanguardia de su ejército, á las órdenes del mariscal Bessiéres, hasta las puertas de Burgos. Terminóse así su malogrado y corto viaje de Madrid, del que libres y ménos apremiados por los acontecimientos, pasaremos á referir los nuevos y esclarecidos triunfos que alcanzaron las armas españolas en las provincias de Aragon y Cataluña.